

CANTO DE ESPERANZA PARA UN NIÑO SOLO

Aníbal R. Velázquez



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Aníbal R. Velázquez

CANTO DE ESPERANZA PARA UN NIÑO SOLO

EDICIONES ESPECIALES

Aníbal R. Velázquez

CANTO DE ESPERANZA PARA UN NIÑO SOLO



EDITORIAL UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Cnel. José Félix Bogado 2160 | Posadas - Misiones | Tel-Fax:
(0376) 4428601

Correo electrónico:
ventas@editorialunam.com.ar

Página Web:
www.editorial.unam.edu.ar

Colección: Ediciones Especiales
Coordinación de la edición: Claudio O. Zalazar.
Armado de interiores: Javier B. Giménez.
Revisión de texto: Ana M. Ballestrero.
Ilustración de tapa: "Espera". Aníbal Velázquez
(tarjeta enviada con motivo
de la navidad de 1981).

Velázquez, Aníbal Rigoberto
Canto de esperanza para un niño solo. -1ª ed.- Posadas:
Edunam - Editorial Universitaria de la Universidad Nacional
de Misiones, 2016.
180 p.; 21 x 13,5 cm.
ISBN 978-950-579-427-0
1. Literatura Argentina. 2. Poesía Argentina. 3. Historia
Argentina. I. Título.
CDD A860

Hecho el depósito de la Ley N° 11.723
ISBN: 978-950-579-427-0
Impreso en Argentina
©Editorial Universitaria
Universidad Nacional de Misiones
Posadas, 2016.
Todos los derechos reservados para la primera edición.

*A mi esposa Titina, mis hijos Ernesto y Joaquín, a la
Hilda, a Don Alberto y a los hijos de los que no pudieron
regresar.*

*A don Pedro, tarefero, y doña Eustaquia,
mujer humilde.*

Ernesto cumplió 40 años

PYNANDI ÁRA
(TIEMPOS DESCALZOS)

Treinta y tres años pasamos en tiempos de arrebatos
Senderos de cornisas, recuerdos inconclusos
Y cuarenta tus años de Ernesto Pichingallo.
Algunos días tontos, otros de intensidades
Recortados de olvidos, poblados de fantasmas.
Pasaron tantas cosas, mejor ni recordarlas
Temblores de escarchas crujientes, de nostalgias
Vivaces remolinos de risas cristalinas
Inocencias temblorosas a orillas de caminos
Que acercan mediodías y alejan los ocasos
Son los años contados uno a uno
Peldaño por peldaño
Como gotas de lágrimas sonando
sus melodías errantes
Cadencias de la historia tan tuya como nuestra
Tan frágil como ajena, a veces sólidas casi tristes
Teñidas de añoranzas de lo que aun no ha sido
¿Qué nota está sonando en tu mente de niño
En tu espejo de hombre lleno de laberintos?

Caminos invisibles, la Selva de Quiroga
Donde abundan lapachos de ramajes eternos

Poblados de colores, mariposas y pájaros
Donde aún sobreviven los duendes guaraníes
Poras, jasy, pomberos guardando los recuerdos
De lo que fuera un día.

En tu nuevo cuarenta quédate allí
En el centro de tan antigua selva
Que tu pecho recoja la hoja del otoño
Cayendo en raudos giros al compás de Vivaldi
Que tu oído de indio reproduzca en imágenes
Esa polca: Cascada
Que paraguaya arpa te regalara un día
Quédate allí que el agudo silbido del Jasy
Te mantendrá despierto.

Desde el arisco colibrí que es tu hermano Joaquín.
Lahilda madrina y el susurro perezoso de su
andar por tu infancia.

Desde la leve sombra en su candidez de árbol,
tu madre; y el romántico soñador en su otoño de
lapacho, tu papá.

8 de junio de 2016

ÍNDICE

NOTA A LA EDICIÓN	19
PRÓLOGO	21
ERNESTO TIENE 3 AÑOS	25
Pepino panza de trapo.....	27
Pepino panza de trapo y osito nariz redonda	28
El pombero.....	30
La luna (canción).....	32
La tristeza	35
Payaso	37
Personaje del pueblo.....	38
Un paseo por el cielo	40
ERNESTO TIENE 4 AÑOS	43
Clavel del aire	45
San Francisco de Asís	47
Pinocho panza de palo	49
La cama de Pinocho.....	52
Pinocho juega al ajedrez.....	54
El viejito invierno.....	57
Chopin	59
Tu papá preso	60
El trompo.....	62
La inundación I	65

La inundación II (historia bíblica)	67
Las golondrinas	69
El beso	73
La calesita	74
Manuel Ortiz (contando a Roa Bastos)	77
El beso II	80
Viento sur y viento norte	81
La luna. A Ernesto: de tu papá que está preso	84
El ñandutí	86
Pastor de nubes	89
El verano	92
Vivaldi	96
Caraí Octubre	97
 ERNESTO TIENE 5 AÑOS	 99
Leyenda del Caraguatá	101
Historia del mundo	105
Las Cataratas y el León de la Selva. Historia de la conquista	109
Don José de San Martín, padre de la patria	114
El barquito de papel	116
El fantasma	118
Moconá	123
El viento	125
Papá Noel	128
El Universo (contando a M. A. Asturias)	130
Leyenda del volcán	133
Leyenda del Pehuén	135
Contando a Roa Bastos	138
Selva de cemento	140
Contando a Arguedas	143
Viento norte	144
La Cruz del Sur	145
Al jardín	146

La Patria.....	148
Guajaibí (Recordando la selva que fue).....	149
Leyenda del silencio (recitando a Nicolás Guillén)	152
Viaje.....	156
La batalla de Mbororé	158
El Cardón	162
 ERNESTO TIENE 6 AÑOS	165
Cierre de Itaipú	167
Tiempo de espera.....	169
El Jasy Jateré (en la selva de cemento)	170
El viejito invierno II	173
 ERNESTO TIENE 7 AÑOS	175
Stradivari.....	177

*Las mujeres y los niños tienen el mismo tesoro
en los ojos
Los hombres lo defienden como pueden*

Paul Eluard

La publicación de *Canto de esperanza para un niño* solo a través de la Editorial Universitaria constituye una decisión firme que, desde la universidad nacional, pública, gratuita y laica, refleja el compromiso sólido por mantener viva en la memoria colectiva, la defensa de los derechos humanos y la democracia, quebrantados en la República Argentina por la Dictadura Cívico Militar mediante el Terrorismo de Estado, entre los años 1976 y 1983. La lucha continúa en todos los campos y la militancia llevada a cabo por el autor contempla también la divulgación de su testimonio como un manifiesto por la vida, su preocupación por la causa justa, por la dignidad de los seres humanos, por la construcción de una sociedad democrática con mejores condiciones humanas. Corren tiempos muy complejos donde las potencias a nivel mundial revelan perspectivas tendientes a la multipolarización relativa abonada por la crisis del capitalismo que conduce a los países menos desarrollados –como el nuestro– a una situación de vulnerabilidad con contradicciones de

difícil resolución, donde las mayorías populares observan la dificultad de sostener los derechos conquistados, máxime con el reposicionamiento en el poder de las corporaciones económicas. Las generaciones jóvenes encontrarán en el libro las manifestaciones de un hombre que ha atravesado el encierro, el aislamiento y el terror, narradas en primera persona, que permiten conocer y reflexionar sobre aquella dimensión de vida en Argentina que algunos sectores pretenden ignorar o borrar.

Prof. Claudio Zalazar
Director Editorial Universitaria

PRÓLOGO

Canto de esperanza para un niño solo más que literatura es el registro de una parte de la historia de la relación de Aníbal Velázquez con su hijo Ernesto.

A través de cuentos, leyendas y poesías, el padre preso pudo ir acompañando el crecimiento de su hijo durante los 7 años, 2 meses y 8 días por los que se extendió su cautiverio. Por causas políticas, por injustificables abusos del poder de un régimen de fuerza, el padre y el hijo fueron separados cuando el niño apenas tenía cuatro meses de existencia.

Detrás del nombre de Aníbal Velázquez, registrado en la página 194 del libro *Nunca Más*, existe una profunda manifestación de vida; existe la firme convicción de haber mantenido –durante esos años de cárcel– la integridad psíquica, política y, fundamentalmente ética, del compromiso con la vida; existe la voluntad de no quebrarse, existe el apoyo incondicional de su pareja; y existe la poco común relación con su hijo al que no pudo besar ni alzar en brazos, prácticamente durante sus ocho primeros años.

Detrás de un nombre más de una lista, existe una relación epistolar que pudo iniciarse después de tres años de encierro como consecuencia de la intervención de la Cruz Roja. Había que escribir con la letra más chica posible, sin puntos y aparte, para aprovechar al máximo el espacio de las dos páginas permitidas.

Pero, ¿cómo sortear la censura?, ¿cómo explicar lo que estaba sucediendo? Fue entonces, como ha ocurrido muchas veces, que empezaron los cuentos, las leyendas y poesías. Del padre al hijo. Era más que simple literatura, era la voz y la presencia para acompañarlo en su crecimiento. Para ayudarlo a perder los miedos. Para transmitirle todo su amor a la vida, el compromiso que mantenía encendida su llama, allá dentro a donde no podía llegar el carcelero. Para transmitirle su amor a la vida y no dejarlo ganar por el odio y el resentimiento. Para ayudarlo a comprender. Así se fueron acumulando cuentos, leyendas y poesías para decir de un modo, lo que la falta de libertad no le permitía decir directamente. Cuentos, leyendas y poesías que son más que simple literatura.

Las cartas del padre Aníbal a su hijo Ernesto se fueron acumulando durante cinco sufridos años, como construcción de un vínculo.

A diez años de recuperar la libertad, hecho ocurrido el 28 de diciembre de 1983, Velázquez presenta en forma de libro una selección de esas cartas que van marcando el crecimiento de Ernesto.

Por eso están escritas en lenguaje coloquial que, rescata la memoria de la infancia de Aníbal en el Alto Paraná. El bilingüismo y la constante presencia del abuelo que Ernesto no conoció, contribuyen también a sostener la identidad y la pertenencia del hijo.

Los cuentos, leyendas y poesías, fueron escritos para ser leídos a un niño. Tienen más de historia que de literatura. Son testimonios de una vida, de una relación y de un tiempo, constituyen además de un homenaje una reparación.

Carlos "Pato" D'Onofrio
Diciembre de 1993

6/6/79 – 6/6/80

ERNESTO TIENE 3 AÑOS

PEPINO PANZA DE TRAPO

Pepino panza de trapo
tiene un triciclo de lana
que se esconde en el ropero
cuando Pepino lo llama.

Pepino panza de trapo
le puso bandera blanca
y dos pedales de barro
a su triciclo de lana.

Pepino panza de trapo
se metió por la ventana
vino a dormir con Ernesto
los dos en la misma cama.

Pepino panza de trapo
hoy se colgó de una rama
se cayó ¡plum! de cabeza
sobre el triciclo de lana.

PEPINO PANZA DE TRAPO Y OSITO NARIZ REDONDA

Osito nariz redonda
usa un reloj de cartón
Pepino en la bici anda
y escribe en su pizarrón.

Osito robó una tiza
y Pepino se enojó
le tomó de los cabellos
le dio un terrible empujón

Trompadas que van y vienen
¡pim! ¡pum! ¡plaf!, uno, dos
van rodando por la tierra
Osito es un peleador.

Osito quedó muy triste
porque perdió su reloj
buscaron bajo la piedra
y detrás del pizarrón.

Los dos quedaron contentos
porque Pepino lo halló
debajo de la sillita
por donde Osito rodó.

Pepino panza de trapo
lo limpió y lo devolvió
Osito nariz redonda
Recuperó su reloj.

17 de noviembre de 1979

EL POMBERO

Cuentan los tareferos del Alto Paraná que en la selva de Quiroga vive un hombre sin edad, petiso, de gran sombrero: el Pomberito, custodio de los pájaros.

Este personaje duerme de día en el centro del yvyra-pytä y por las noches sale a recorrer los poblados, ronda las casas en busca de hacerse de amigos.

Apenas oscurece, el Pombero inicia su ronda, come maíces, arranca melones y sandías y se los come. Como nadie tiene el don de poder verlo, él se burla de los hombres. Es un gran imitador de animales y es capaz de convertirse en cada uno de ellos.

En su ronda por las casas, a veces zapatea, otras relincha como un caballo y uno cree que es un caballo pero cuando sale a mirar, no encuentra nada. Él, mientras tanto, se muere de risa. El ruido cesa.

Inmediatamente de entrar se vuelven a escuchar nuevos ruidos, ahora pío-pío como los pollitos.

¡Pucha!, se soltaron los pollitos y andan por el patio. Se sale con linterna para verlo y ¡nada! Desde algún rincón, el Pombero se muere de risa e inme-

diatamente inventa otro sonido. El perro ladra desesperado, ¿qué pasa?, se alumbra por todos lados y ¡nada!

Debe ser el Pombero.

Todo es silencio en la cocina, el padre lee, la mamá cocina. ¡Toc, toc, toc! Golpean.

¿Quién es?, ¡silencio!, se abre la puerta y ¡nada! De pronto se escucha una carcajada y después silencio.

El Pombero se fue a jugar a otra casa.

5 de diciembre de 1979

LA LUNA (CANCIÓN)

Dice una canción brasileira de Gilberto Gil. ¿Quieres que te lo cuente?... ¡Bien!

Se habían reunido muchos chicos morenitos para mirar la salida de la luna. “¿Para qué sirve la luna?”, pregunta uno. “Para alumbrar de noche los montes, campos y caminos, decía otro”.

“Es otro mundo pequeño, pandorga de nuestro mundo”, decía otro cantando, y la luna se iba asomando por detrás de un monte, brillante y sonriente, espejo de sol. “¿Por qué parece que nos sigue?”. Para alumbrarnos, para darnos su alegría. Porque en cuanto ve una cosita adentro, bien se mete por los ojos. Allá adentro la cosita que uno no sabe qué es se pega un susto, da cinco saltos y queda como una pelotita en la garganta, como queriendo llorar. Entonces la luna manda otro rayito y le alumbra más fuerte por la ventana de los ojos y la cosita, que puede ser bronca o tristeza, da dos saltos, tres volteretas y otro enorme salto y vuela hasta la luna; y uno queda contento, muy contento.

Así conversaban los niños mientras miraban salir la luna. “¡Qué hermosa luna, mami!”. Seguían

charlando hasta que llega un músico cantor, con su tambor y su guitarra. Los chicos morenitos lo miraban asombrados. El músico los miró a los ojos, y como la luna, vio o le pareció que adentro ellos tenían esa cosita que podía ser tristeza.

“¡Qué caras!”, dijo, “yo los voy a alegrar”. Y pulsó su tambor. La cosita dio tres saltitos y se trepó a los ojos para espiar por allí, quería saber quién era el que tocaba. Y allí estaba el músico cantando su canción. “Vengo a la fiesta”, dijo, “traigo un canasto de alegría”, y dio dos saltos, pasó por sobre el monte con su guitarra y sacó del fondo de un río un enorme canasto de alegrías, “y también un cántaro”, cantaba, dio cinco vueltas batiendo el tambor y detrás de un monte trajo un cántaro de barro.

“Derramar el bálsamo, hacer el canto, cantar y cantar”, decía tocando su guitarra y volcaba su enorme canasto de alegrías sobre los chicos y los mojaba con el canto derramado desde el cántaro.

La luna los veía y reía a carcajadas. La ponía contenta verlos a todos los chicos alegres.

Los chicos morenitos estaban contentos con el tambor que bailaba, ligero, ligero, más ligero que un picaflor. ¡Batiendo el tambor! ¡Tocando la guitarra!, bailaban a todo ritmo.

Cuando ya estaban muy cansados todos, subieron al enorme canasto de alegrías a acostarse a dormir. Cuando todos estaban dormidos, hasta el músico, el canasto comenzó a viajar remolcado por la guitarra y seguido por el tambor, los tres hacían un trencito y el motor era la música. ¡Tilín!, y el tambor saltaba de una nube a otra. Mientras, los niños dormían contentos y soñaban. Soñaban que iban en un avión pasando nubes azules, nubes amarillas, nubes verdes. Soñaban que encontraban un arco iris y bajaron por el morado como en un caminito de luz.

Dormían todos en el enorme canasto de alegrías, viajando a todo ritmo de música, en el trencito de guitarra, canasto, cántaro y tambor. La luna los seguía a todos lados alumbrándoles el camino.

Después de viajar y viajar el canasto paró debajo de un puente y los niños despertaron, habían viajado con la música por el cielo de las alegrías, estaban felices. Ernesto, ¿te gusta la música? La música nos lleva en un viaje hacia adentro, un viaje que comienza en el oído, pasa por los brazos y uno viaja con el violín, con la guitarra, con la flauta. Para estar contento, para que esa cosita que uno tiene adentro que no sabe si es bronca o tristeza, salga; dé dos saltos y salga; entonces uno queda contento y feliz y espera contento el día que pueda salir...

Resistencia, 1980

No te preocupes mucho, Ernesto mío; cuando tenés muchas ganas de verme, para no ponerte triste tomá una flauta y tocá una canción para mí. ¡La fe! ¡Dale! ¿Recordás lo que te conté de la flauta?

A veces adentro, bien adentro de uno, se forma una cosita que no se sabe si es bronca o tristeza. Esa cosita está ahí y no quiere salir; porque no nos gusta algo, por el papi preso, porque “quiero un hermanito”.

La cosita está ahí. Entonces para sacarlo debe hacerse algo... ¿Qué?

Toma la flauta o la guitarra y empieza a tocar despacito.

La cosita de adentro que uno no sabe si es bronca o tristeza pega un salto y se esconde en la espalda para no salir. Uno sigue tocando despacito y la cosita corre hasta la panza. Cuatro saltitos y parece que se queda allí. También sabe subir hasta los ojos y los llena de lágrimas.

La música sigue, uno sigue tocando y la música se hace más linda, la cosita ya no se quiere quedar y comienza a salir lentamente. Se hace viento y de

un soplido va pasando por la flauta o vibra con las
cuerdas de la guitarra y se hace música.

Resistencia, 1980

PAYASO

Con una cosita adentro
el payaso entró en escena
cosita que uno no sabe
si es de bronca o si es de pena.

Vibra en la piel y en la sangre
vibra la música, canta
la cosita da dos brincos
va a parar a la garganta.

La cosita ya no aguanta
vibra todo el sentimiento
da tres saltos, cuatro brincos
y vuela en alas del viento.

Ya el payaso no está triste
ríe y juega muy contento
lleva alegría en sus ojos
lleva alegría por dentro.

Te cuento el cuento de cuando el Sordo Loco se fue a pescar y cuando puso las patas en el agua y todos los peces salieron rajando porque hacía tanto que no se lavaba. Después, todos le llamábamos: “Sordo Loco pata hedionda” y él se reía.

¿Sabés quién era el Sordo Loco? Ya te conté que cuando tu padre era chiquito había un viejo sordo a quien todos le teníamos miedo, después como era buenito se hizo mi amigo. Era pobre y aunque trabajaba todos los días la plata no le alcanzaba para comer, era realmente muy pobre, entonces para no tener hambre el viejito se iba con su perro a pescar.

A veces no sacaba nada y volvía a su casa con hambre, otras veces pescaban mucho y venía a cocinar y comía hasta quedar su panza como un tambor de pescados.

También el Sordo Loco, que era un viejito muy bueno, se iba al monte a buscar miel y con su perro buscaban hasta encontrarla. Al regreso me traían un poco, que me gustaba mucho.

A veces mi papá también buscaba miel. Habían unas abejitas chiquititas que son las que la fabri-

can, hacían casas debajo de la tierra y allí la guardaban, mi papá conocía los lugares en donde encontrarla, me llevaba y la sacábamos, dejábamos un poco, porque esa es la comida que las abejas preparan para ellas, no hay que acercarse mucho ni tocarlas porque pican fuerte.

24 de junio de 1980

Cuando llegó el frío, Emilio, que era un nene, temblaba, por eso a la siesta alzó a su perro que se llamaba Tomi y subieron a un árbol, allí el sol estaba calentito. Tomi le dijo a Emilio que cuando pase una nube le pidiera que los lleve.

Cuando pasaba una nube, la llamaron y ella vino, los alzó y los llevó más cerca del sol. Ya arriba, la nube les dijo: jueguen ustedes que acá está calentito y yo voy a dormir un rato la siesta, y la nube se durmió como una panza de palo.

Emilio saludaba a los árboles que se veían chiquititos y estos le gritaban ¡qué lindo es tu perro!, ¿cómo se llama?

Me llamo Tomi, ladraba el perro.

Después vino un viento y llevó a la nube y ellos encima canturreaban. Llegaron a una gran fuente donde había muchos barquitos de papel, y vieron cómo una gran tortuga se paseaba por la fuente.

Cuando Emilio y Tomi se cansaron de jugar volvieron por un caminito largo que tenía muchas flores, juntaron un ramo para la mamá. Como faltaba mucho para llegar, pidieron a un halcón azul que

los llevara hasta la casa de la abuela Eustaquia para darle un beso antes de regresar. ¡Mami, mami!, entró gritando Emilio, te trajimos este ramo de flores para vos. La mamá, muy contenta, los alzó a los dos y los besó. Entonces, Emilio le contó todas las cosas que vieron de arriba; cómo pasean las nubes, cómo juegan los barcos y que la abuela Eustaquia les dijo que cuando papi salga todos juntos vamos a ir a visitarla.

10 de junio de 1980

6/6/80 – 6/6/81

ERNESTO TIENE 4 AÑOS

Ernesto, ¿te acordás que te conté que cuando era el cumpleaños del mundo fue que llegó el león para ser el rey de la selva?

¿Recordás que el picaflor trajo de regalo un clavel del aire? Lo que no te conté es por qué se llama así. Resulta que la clavelina, igual que la que tiene la abuela Ita, vivía en la selva de Quiroga. Un día el picaflor vino a darle un beso. ¿Viste cómo el picaflor besa a las flores? Cuando la besaba, Clavelina le dijo en el oído: "Yo quiero vivir en el aire como un picaflor, llevame contigo".

Picaflor la tomó suavemente y la llevó por el aire hasta el árbol más alto y la dejó en una rama.

Cuando los otros pájaros la vieron, allá, altísima en una rama: "Vengan, vengan", llamaban a todos. "Acá ha salido un clavel del aire", decían y desde entonces se llamó así.

Después vino un tucano y llevó una ramita y la dejó en otra rama. "¡Otro clavel del aire!, ¡qué hermoso!".

La lechuza llevó otra rama a su cuevita de un viejo árbol, allí hizo un jardín de claveles del aire.

Así un clavel acá, otro clavel allá, se hizo un jardín en las ramas de los árboles y el clavel del aire se hizo amigo de todos los pájaros.

Agosto de 1980

Todos los hombres que son buenos, son santos. El santo que a mí más me gusta es San Francisco de Asís, porque es el santo de los pobres, aquellas personas que no les alcanza para comer lo que quieren, no tienen juguetes ni nada.

San Francisco era el más buenito, el más amigo de las flores y de los pájaros, amigo de todos los animales: del “Loro pelado” y del tigre, del sapito de todos colores y de las luciérnagas.

Un día San Francisco se hizo muy amigo de un lobo. Resulta que el lobo vivía en un monte y no tenía qué comer y por las noches bajaba hasta el pueblo y robaba cualquier cosa que le sirviera de comida y toda la gente tenía más miedo que los tres chanchitos.

San Francisco, que era muy bondadoso, le tuvo lástima al lobo, porque los animales tienen hambre también, tomó un gran pedazo de carne, un trozo de queso, puso en una bolsa y fue al monte: “¡Lobo, lobo!”, gritaba llamándolo y el lobo se escondía porque creyó que Francisco venía para matarle.

“¡Lobo, lobo, acá te traigo comida para que no tengas que robar más!”, seguía gritando el santo.

El lobo mientras tanto lo espiaba escondido detrás de un árbol y se iba acercando despacito hasta que San Francisco lo vio y contento le dijo: “No tengas miedo lobo que yo quiero ser tu amigo”, y le mostró la carne, el pan, el queso, y el lobo comió hasta tener la panza grandísima como un tambor.

“Si no me vas a matar, seré tu amigo”, le dijo el lobo a San Francisco.

“Yo no quiero matarte, al contrario, te voy a traer comida todos los días para que no tengas hambre”, le contestó el santo, “pero prométeme que no vas a robar más en el pueblo, ni hacerle tener miedo a las personas, ni a los tres chanchitos”.

El lobo le dijo: “¡Prometido!”, y desde ese día nunca más robó comida, pero no tenía hambre porque San Francisco nunca se olvidó de llevarle carne, queso y hasta yogurt.

Todas las personas dejaron de tener miedo y a veces, a la tardecita, el lobo salía del monte y venía a visitar a Francisco. Golpeaba la puerta de la casa.

“¿Quién es?”, pregunta el santo. “El lobo”. “Muy buenas tardes, lobo, pasá, pasá”, y prepara un poco de pan con miel para que el lobo comiera mientras él tocaba la flauta.

Así era San Francisco de Asís.

31 de agosto de 1980

Resulta que había un hombre que estaba preso y tenía un hijo que iba a la escuela y vivía afuera con la mamá. El hombre, por estar preso, no podía tener al hijo con él, aunque tuviera ganas de abrazarlo fuerte y cantarle una canción cuando el nene quería dormir.

Para no ponerse triste el hombre, que era un carpintero, decidió hacerse un hijo de madera.

Tomó una tabla y con un serrucho ¡run, run, run!, cortó, hizo un brazo, una cabeza, otro brazo, las piernas y seguía serruchando; hacía igual que el viejo carpintero del cuento que había leído cuando era niño. Hizo el cuerpo, le perforó por ese agujerito para poder unir las partes, hizo un sombrerito de paja, lo pintó de azul, buscó una camisita y un pantalón y así fue armando un niño de madera.

Cuando quedó terminado, el hombre lo miró y dijo: “¡Qué hermoso niño! Te voy a llamar Pinocho Panza de Palo y vas a ser hermano de mi hijo”.

Pero Pinocho todavía no vivía porque era de madera. El carpintero pensó: "Para que Pinocho viva le voy a poner un corazón" y fue al jardín, buscó la rosa roja más hermosa y le pidió a la planta que se la preste para ponerle como un corazón al Pinocho.

"Sí, cómo no", dijo la planta, y el hombre se llevó la rosa y le puso un corazón a la madera.

Entonces, el Pinocho Panza de Palo suspiró. "¡Vive, vive!", gritó contento el carpintero y fue corriendo a buscar la bolita más linda que tenía y le puso los más hermosos ojos que Pinocho pudiera tener y pudo ver.

Así el carpintero tuvo un Pinocho Panza de Palo que tenía ojos de bolita de cristal y corazón de rosa. Desde ese momento el carpintero ya no estaba solo y Pinocho le ayudaba en el trabajo, le pasaba el martillo, los clavos, así vivían juntos.

Cuando estuvo más grandecito y ya no era un "pichingallo" fue a la escuela. Pero sucedía a veces que Pinocho no quería ir a la escuela, sólo quería jugar, y el papá, que trabajaba mucho, no sabía si él iba a la escuela o no.

Un día, el muy Panza de Palo no fue a la escuela y se quedó a jugar. Cuando el papá volvió del trabajo, él con su amiguito salieron a encontrarlo. "¿Sabés, papi?", dijo Pinocho, "hoy en la escuela marchamos, rataplan plan plan, y yo llevaba la bandera", y le mostraba al papá cómo marchaba.

Y su amiguito también marchaba y juntos mostraban cómo lo hicieron. Fue allí cuando a Pinocho le empezó a crecer la nariz porque era mentira, pues él no había ido a la escuela, el papá se dio cuenta de la macana pero no le retó, sino que le dijo: "Mirá hijo mío, mi pequeño Pinocho Panza de Palo, uno no tiene que mentir porque o

sino le pasa lo que a ti, le crece la nariz; por eso siempre tenés que decir la verdad... Mostráme otra vez cómo marchaban”, y Pinocho y su amiguito rataplan, rataplan, plan plan, qué bien que marchaban y qué hermoso se lo veía a Pinocho Panza de Palo.

23 de agosto de 1980

Sucedió un día que el papá le regaló una camita a Pinocho Panza de Palo y Corazón de Rosa. Pinocho dormía contento en su camita de madera hasta que un día al papá que era carpintero lo llevaron lejos y tardaba en volver. Pinocho empezó a ponerse triste, todos los niños se ponen tristes cuando el papá no está, quería llorar.

El papá le escribió una carta y le dijo a Pinocho que no se apurara, que todavía faltaba para su regreso y le pidió también que siga asistiendo a la escuela y que cuide su camita.

Pasaron los días y Pinocho preguntaba cuándo volvería el papá, hasta que después quiso aprovechar que él no venía y leyó libros y estudiaba.

Una vez se tomó la mala costumbre de querer dormir en la cama grande donde dormía el papá. Pinocho durmió una vez, durmió otra vez, hasta que una noche volvió y encontró que su camita lloraba.

Pinocho, que también era de madera, por eso le decían Panza de Palo, podía hablar con su camita: “¿Qué te pasa camita?”, le preguntó, “¿por qué llorás”. Y la camita le dijo: “Lloro porque vos no

me querés más". "Yo te quiero mucho y vos sos solamente mi camita", le dijo Pinocho, pero la camita seguía llorando.

"Ya no me querés más, porque hace rato que no querés dormir conmigo y yo quedo solita con frío".

Pinocho quedó muy preocupado y le mandó una carta al papá para que le diga cómo podía hacer para que la camita no se ponga triste y no llore más.

El papá de Pinocho le contestó: "Lo que tenés que hacer es pintar de nuevo la camita para que no tenga frío y dormir todas las noches allí, porque o sino un día la camita se pondrá tan, tan triste que se va a ir y no va a volver".

Pinocho recibió la carta del papá y fue corriendo a pintar la camita y todas las noches durmió en ella.

23 de septiembre de 1980

PINOCHO JUEGA AL AJEDREZ

Los otros días Pinocho Panza de Palo y Corazón de Rosa y su papá, el carpintero, hicieron un hermoso juego de ajedrez. Pinocho quedó tan contento con su juego y tablero de madera que cuando se durmió tuvo un lindo sueño. Pinocho soñó que su papá le enseñó a jugar al ajedrez y muy contento él veía cómo un alfil corría por los caminos blancos y por las diagonales bien negras el otro, se entusiasmaba al ver que las torres se movían rápidas, cortando el tablero a lo largo y a lo ancho y como los peones, tan chiquitos ellos de a pasitos iban avanzando hacia delante tratando de llegar a la última línea y ¡guay! del que se ponía a un costado porque ¡cronch, cronch! Se lo comía y lo sacaba del tablero.

Pinocho veía que cuando un peoncito llegaba al otro lado podía elegir lo que quería ser. “Yo quiero ser un alfil”, decía uno y era alfil. “Yo quiero ser una torre”, decía el otro y era torre, pero la mayoría quería convertirse en dama porque así podía pasear por las diagonales blancas o negras, como el alfil, o cortar el tablero, como la torre. Otros querían convertirse en Superman

o el Increíble Hulk, pero eso no se puede porque esos solo son para la tele.

Pinocho decía que si él fuera peón, al llegar al final del talero elegiría ser un caballo blanco o negro, pero un caballo, porque el caballo da un saltito como alfil y otro como torre, salto cortito pero lo más lindo era que saltaba por encima de todos y ¡cronch, cronch! al que estaba en la casilla que caía, siempre que fuera contrario.

El caballo, cuando un peón se le arrimaba de costado para comerlo, daba un salto como torre, otro como alfil y se escapaba y si por ahí se descuidaba y lo comían, el caballo salía al galope, daba una vueltota por el tablero y recién salía de allí. Por eso Pinocho quería ser como un caballo.

Después soñó que cuando el caballo salía del tablero, los peones y los alfiles, todos querían montarlo, pero él no se dejaba, ni adentro ni afuera del tablero.

Entonces Pinocho se arrimó despacito y le dijo: “hop, hop, caballito, yo soy Pinocho Panza de Palo como ustedes, déjenme montarlos”, seguía Pinocho y los caballos quedaron bien quietitos y Pinocho subió en uno y salió ¡tacatac, tacatac, tacatac! a todo galope por el tablero.

“¡Muy bien, Pinocho, muy bien!”, le gritaron los peones, los alfiles y las torres y él contento los saludaba con la mano. Pinocho volvió luego y cambió de caballo y a todo galope dio otra vuelta, “jaque rey”, le decía cuando pasaba cerca del rey negro que estaba conversando con el rey blanco y ellos se daban un gran susto y “jaque rey” otra vez.

Pinocho cambió nuevamente su caballo y taca-tac, tacatac, tacatac, ligero, ligero, más ligero, salió al galope, de un gran salto salió del tablero y corrió por la mesa y dando otro gran salto regresó

al tablero a buscar el último caballo. Montó sobre el hermoso caballo negro y como tiro salió por el costadito y mientras galopaba se acordó de ir a visitarlo al papi que estaba preso; galopó, galopó, por el asfalto, por el campo, cruzó un arroyo, un río, pasó muchas ciudades y llegó hasta Resistencia, y cuando le saludó al papá, Pinocho se despertó.

22 de octubre de 1980

EL VIEJITO INVIERNO

Ha pasado mucho tiempo, ya había perdido la forma de su rostro en la estrella más austral de la Cruz del Sur, cuando apareció ante mis ojos tal como lo imaginara para mí tu abuela Eustaquia: El viejito Invierno.

El viejito Invierno sentado sobre el Cerro Pelón se había divertido bastante con la lucha de sus nietos, el viento norte y el viento sur, vestido de lluvia uno, de viento el otro.

El viento norte soplaba y a su paso lo mojaba todo, entonces llegaba el sur y el frío correteaba e iba secándolo todo; así pasaban días hasta que se cansaron. Entonces el viejito Invierno sacó su flauta de tacuara para entonar melodías aprendidas de niño en el tiempo en que la luz se había cristalizado en las siete caídas donde nacía el padre de los ríos.

La melodía se envolvía en su cuerpo y extendía su brazo de llovizna barranca abajo, otras veces sus brazos de neblina, de cerrazón –dirían los nativos del lugar–. La melodía cubre el puerto, oculta el río. El frío comienza a adueñarse de cuanto charquito halla en su paso, entra a la casa de los pobres, las

del centro. El viejito Invierno se emociona mirando el paisaje que surcaran antiguos barcos rumbo a los obrajes, mientras un manto de densa niebla blanca marca el compás de la melodía invernal.

El anciano caminante del mundo quedó absorto en la envoltura musical hasta que escuchó la voz de la primavera anunciándole su llegada.

“Abuelo, abuelo, es hora de que partas a dormir”, decía.

El viejito Invierno despertó de su encantamiento y con su flauta a cuesta partió hacia el centro de la selva de Quiroga en busca del lapacho.

Se acostó a dormir en el corazón de la madera, allí sus sueños entonarían otras melodías. Sueña con niños jugando en los montes, con espumas de agua de las correderas, en aguas cristalinas donde la luna deja una sonrisa; y esos sueños son las nuevas melodías que desde el corazón del lapacho subirán a las ramas para transformarse en las flores rosadas que asombrarán al turista, en medio de tanto verde. El anciano dormirá hasta que alguna golondrina que parte rumbo a San Juan de Capristano pase a despertarlo al inicio del otoño. Entonces volverá a salir a caminar por la tierra para venir a sentarse a contemplar el río desde el Cerro Pelón.

Octubre de 1980

CHOPIN

Un día un hombre llamado Chopin fue a visitarla a su novia, porque cuando uno es grande, como un hombre, tiene novia que vive en otra casa con otra mamá. Este hombre Chopin que te estaba contando fue a visitar a su novia y estaba charlando con ella cuando salió su perrito, mordió su cola y giró, giró; bailó, bailó, redondo, redondo, brincando y brincando, bailaba. Y como Chopin era un gran músico, le gustó demasiado cómo bailó el perrito. Entonces se sentó al piano e hizo una melodía para el perrito bailarín y la canción se llamó “vals en re bemol” que es un hermoso vals que un día vamos a escucharlo juntos y yo te voy a decir dónde el violín imita un perro que gira, brinca y baila.

Noviembre de 1980

TU PAPÁ PRESO

El temor había contagiado a todos, un chicotazo de vergüenza golpeaba el rostro del niño en la voz de su alma cuando decía: “A ver vos, que tenés tu papá preso”. Él no lograba entender nada y quería saberlo, hasta que un día se animó y preguntó. La madre le dio esta respuesta que hoy trato de recordar para contártelo.

Tu papá –decía la madre– cuando era pequeño vivía en un pueblo cerca de las cataratas, allá donde fuimos un día, ¿recordás? Ellos eran muchos hermanos y tus abuelos muy pobres. Aunque tu abuelo trabajaba y trabajaba, seguían tan pobres que a veces no les alcanzaba para comer, menos aún para comprar juguetes. Hasta que un buen día –seguía el relato de la mamá– vino un Presidente bueno y ellos vivieron bien y estaban muy contentos, pero luego vinieron otros y le echaron al Presidente bueno, y tu papá y tu abuelo fueron más pobres todavía.

Un año de esos, tu papá pasó días mirando el cielo tratando de ver el avión negro, trayendo de vuelta al Presidente en ese avión que nunca pasó.

Tu padre, ya grande, cuando fue a la Facultad, él también quería el regreso del Presidente bueno, para que haya menos pobres y todos los chicos pudieran tener juguetes, lindas escuelas, maestras buenas, niños que viajen de vacaciones.

El tiempo llegó pero detrás volvieron los mismos a echarlo de nuevo y junto con miles de jóvenes encarcelaron a tu padre. Tu papá siempre quiso el bien de todos, como le enseñó tu abuelo.

El niño entendió y contaba a todos sus amiguitos lo que le había contado la madre, lo contaba orgulloso y desde entonces prometió ser bueno también y querer a todos y ya jamás se pondría triste porque su padre estaba preso.

Ya volverá el tiempo del Presidente bueno otra vez.

Resistencia, 2 de diciembre de 1980

EL TROMPO

Yo hoy estoy pensando en vos y pregunto: ¿Qué te traerán los reyes? Lindo hubiera sido que te traigan un trompo como esos que hacía tu abuelo Pedro, mi papá, y que ya no vive. Hacía para mí enormes y hermosos trompos de guayabos, ¿recordás que te conté?

El trompo tenía una punta finísima y suave, también una cabecita que parecía un sombrerito, mi papá alisaba bien el trompo y hacía un piolín y me daba para que yo lo haga bailar.

Yo encordelaba el trompo, bien envuelto con el piolín y tiraba.

El trompo de madera de guayabo saltaba en el aire y caía al piso de tierra bailando.

El trompo cantaba, era un tronco roncador como una trompeta, giraba y giraba y a veces parecía que quedaba quieto, muy quieto y dormía.

El trompo dormía bailando y cantaba una canción dulce, parecía que soñaba con los pájaros y las flores y su canto era aún más bello. Otras veces el trompo estaba alegre y corría de acá para allá, daba una vueltota, tropezaba con las piedras, subía por

las raíces de los árboles, entonces no cantaba, zum-baba como una avispa y corría y corría.

Otras veces el trompo se hacía el loco, corría, saltaba y gruñía, o galopaba: yo lo llamaba cuando estaba así: tronco cucarro.

Pero casi siempre el tronco quería quedar quietecito como dormido para cantar dulcemente, a lo mejor soñaba que subía hasta las nubes, saludaba a las pandorgas, o cuando se hamacaba suavemente, como hacen las mamás para hacer dormir a sus hijos, soñaba que andaba remando por el río Paraná. ¿Sabés qué Ernesto? También era hermoso cuando bailaba y yo lo alzaba en la mano. El trompo se ponía contento y me hacía cosquilla en la palma de la mano, era como si me dijera con la punta de la púa que los papás quieren mucho a sus hijos.

Yo entonces era chiquito todavía y pensaba que cuando fuera grande iba a tener un hijo y cuando mi hijo fuera al preescolar o al primer grado, le iba a hacer un hermoso tronco de guayabo.

Después yo crecí y fui grande y me casé con tu mamá y después te encargamos a vos y naciste como un hermoso pichingallo, después yo caí preso y vos te quedaste con mami y también vas creciendo sano y alegre. Por eso yo te quiero mucho, mucho como la quiero a tu mamá y me pongo muy contento cuando vos me contás que no estás triste.

¿Sabés otra cosa? Mejor nomás sería que los reyes no te hayan traído un trompo, porque así cuando salga hago uno hermoso y te lo regalo, lo vamos a lijar bien y lo teñiremos con flor de alelí. ¿Conocés la flor de alelí? Es una pequeña florcita que sale en cualquier parte por los campos, de color bien lila o morado como el color de la corbata que te gusta a vos. Yo pasaba la flor por el trompo y salía una tinta granate que teñía el trompo.

Si vos querés ser como un trompo y bailar como él es muy fácil, te comprás un patín y le pedís a mami o a La Hilda que te enseñen a andar en patines, mami te lleva para que veas cómo patinan en el Instituto del Deporte, al compás de un vals das vueltas y vueltas junto a los demás. Los chicos como vos ya pueden patinar y allá enseñan.

Cuando vos sepas andar bien sobre los patines podrás andar con los más grandes y podrás hacer como los trompos, a veces cantando suave como dormido, otras veces como avispas y otras veces bien cucarro. Y si no te gusta bailar en patines, podés ir a ver cómo hacen los patinadores.

Cuando uno anda en bici, también parece un trompo, da vuelta ligero, ligero, ligero, más ligero y por ahí se cae para un costado o para atrás.

6, ENERO

Hoy ya es día de reyes, pero cuando vos recibas esta carta ya habrá pasado.

Yo me olvidaba de contarte de que el canto del trompo sube, sube hasta el sol, también llega hasta las nubes, monta a caballo de los vientos y se va lejos.

Si el trompo baila y canta como durmiendo, entonces vos arrimá tus labios cerquita y le hablás al oído o cantás una canción, después soplás suavemente y el canto del trompo que sabe el camino sube más alto que las nubes y viaja, cruza puentes y ríos, ciudades y campos y llega hasta acá, la cárcel de La Plata donde estoy yo, y voy a escuchar lo que vos me decís con el canto del trompo, voy a escuchar cuando vos me cantás y eso es más lindo que las cartas todavía.

Enero de 1981

Resulta que un día, el Sordo Loco, que era mi amigo viejito, me contó lo que sucedió en una inundación. Un día nublado, un chico y su perro fueron a nadar al arroyito que estaba detrás de su casa, el arroyo no era profundo y el chico nadaba con su perro y cuando se cansaba hacía pie, así cruzaron al otro lado del arroyito y el niño empezó a juntar flores, el perro le corrió a un pajarito y se fueron más lejos.

Así estuvieron jugando hasta que comenzó a llover fuerte.

Contentos pateaban los charcos, se salpicaban de barro y saltaban en el agua. Las flores que había recogido en un ramito para llevar a la mamá, contentas porque el agua de lluvia les lavaba la cara y les calmaba la sed. El chico y el perro seguían jugando y se hizo tarde, emprendieron el regreso.

Pero... ¡qué sorpresa! Cuando llegaron vieron que el arroyito se transformó en un inmenso río.

¿Qué hacer? La inundación era grande y el agua corría mucho y ellos no podían cruzarlo para volver a su casa.

Los dos estaban muy asustados porque no querían pasar la noche solos en la costa del arroyo que ahora era como un río. El chico gritó fuerte; pero nadie lo escuchó, el perro ladró y ladró, y nada... Él tuvo miedo, llegaba la noche, tenía ganas de llorar, sentía mucho miedo; aunque el perrito también sentía un poquito de miedo.

Escucharon una voccecita que les decía: "No tengan miedo que nosotras los vamos a ayudar". Miraron... vaya, vaya; varias ranitas le ofrecían ayuda. Si ellas no tienen miedo, ¿cómo iban a tener el chico y el perro?

Yo soy valiente, dijo el niño y le pasó el miedo.

Se dispusieron a pasar, las ranitas se pusieron todas juntas, hicieron como una canoa para que ellos subieran, así pasarían. Se subieron pero ¡glup!, fueron al fondo porque eran muy pesados.

Y ahora, ¿cómo hacer? "Yo tengo una idea", dijo el chico, "vayan a buscar una piola de casa". Y salió la ranita más ligera y al rato volvió con la piola. Átenla a aquel tronco que está del otro lado, mientras yo la ato de este otro, dijo el nene y en un rato tenían un puente de piola. Muy bien, muy bien, gritaban todos contentos.

El chico puso su ramo de flores en la bolsa, tomó al perro por la cintura con una mano y con la otra se agarró fuerte de la piola y se despidieron.

El nene les agradeció mucho y les dijo que él tuvo miedo pero cuando todos lo ayudaron se sintió valiente.

Cuando llegaron a su casa, ya de noche, encontraron a la mamá preocupada.

Le regalaron las flores y ella quedó contenta.

Y así terminó esta aventura.

4 de febrero de 1981

LA INUNDACIÓN II (HISTORIA BÍBLICA)

Un día llovió mucho, llovió nuevamente, un día, otro y otro; los arroyos y los ríos comenzaron a crecer, taparon la piedra, taparon los árboles y crecían, crecían. Las aguas se asomaban para espiar sobre los barrancos.

“La inundación”, cantó un pájaro; “la inundación”, cantó el cardenal de rojas crestas. “¡La inundación!”, repetían todos los árboles y las piedras, las flores y la arena, las casas y las nubes.

La lluvia seguía, parecía que el sol se había tomado vacaciones porque no apareció más, siempre escondido detrás de días nublados.

¡La inundación!, en las ciudades como Posadas el agua entraba por los patios y en las casas de las orillas la lluvia no paraba.

¡Tanta agua caía! Nadie sabía qué hacer.

Dos nenes cansados de estar encerrados salieron a jugar bajo la lluvia y construían casitas de barro. Hasta allí llegó el Sordo Loco para invitarlos a ir a ver la inundación.

Parados en la orilla vieron cómo el río crecía y crecía.

Si sigue la inundación –dijo el viejito– pronto el agua tamará todas las casas y muchos morirán. Los chicos comenzaron a sentir miedo. Hagamos un pacto con las nubes –dijo el viejo.

Buscaron leña seca y papel, en donde no llega el agua para hacer una gran fogata. Cuando ya estaba prendida se sentaron alrededor guardando silencio, entonces el anciano comenzó la ceremonia.

En su vieja armónica entonó una melodía que sonaba triste, mientras los chicos trataban de acompañarlo. Cuando salió el humo blanco, era la señal, los tres se pusieron de pie. El humo subía redondo lentamente. “Humito, humito –rezaban– vos que llegás hasta el cielo decile a las nubes que no deramen sus aguas, que acá abajo la inundación es muy grande y todos estamos asustados; si las nubes aceptan, que manden la señal”, decían.

El humo subió llevando el mensaje. Los tres esperaban ansiosos. ¡De pronto apareció el sol sonriente y les guiñó el ojo! Era la señal. Paró la lluvia. Pronto apareció el arco iris y montado en él, Tupá. Entonces recordaron el pacto: “Cuando aparezca el arco iris dejará de llover, ese es el pacto”.

Tupá siguió su camino y las aguas volvieron lentamente a su cauce.

Abril de 1982

LAS GOLONDRINAS

¿Vos viste alguna golondrina ya? En el zoológico no lo habrás visto porque ellas no pueden quedarse encerradas, les gusta volar. Y es mucho mejor así, porque no es lindo quedarse atado a la casa o a los padres, es mejor ser libre y pasear, y cuando uno tiene ganas de ver a sus padres, va y los besa, charla un rato, juega con ellos y ya está.

Ernesto, las golondrinas son así, un día viven en la Argentina y andan por La Plata y Posadas cuando hace calor, y antes de que comience el frío van a otro lugar lejanísimo, más allá de donde van los aviones buscando calor.

Solamente una, un día, se quedó a ayudar al príncipe feliz, pero eso decile a la Hilda que te lo cuente, o te compre ese libro de Oscar Wilde –se llama así el que lo escribió.

Resulta entonces que las golondrinas vuelan libremente siguiendo el calor, las flores y la alegría.

Yo te cuento ahora lo que un día les sucedió en San Juan de Capristano, así se llama el pueblo donde ellas habían construido sus nidos.

Vos sabrás que, como ellas son muchas, hacen caca por todos lados y ensucian todo; los techos de las casas, los patios y los árboles, porque ellas son muy curiosas; palitos que ven, allí se paran a ver; agujero que ven, allí se meten a curiosear.

Una caquita acá, otra caquita allá y así van ensuciando todo.

Por este motivo, los habitantes de este pueblo, San Juan de Capistrano, se enojaron mucho con las golondrinas y decidieron darles un escarmiento. Buscaron los nidos de las golondrinas en unas cuevas, porque ellas hacen sus nidos en cuevas y no en los árboles como los otros pájaros; cuando los encontraron, les prendieron fuego y todos los nidos quedaron destruidos.

Los habitantes –hombres y mujeres– de ese pueblo creían que así las golondrinas se irían y no volverían nunca más. Cuando las aves llegaron a sus nidos y encontraron que todos habían sido destruidos, daban vueltas y vueltas, estaban muy tristes, las más jóvenes tal vez lloraban; al quedar sin nido no sabían qué hacer.

Al verlas volar muy tristes, un monje del lugar les tuvo lástima; como él era sacerdote, vivía en una Iglesia, y la iglesia tenía un enorme campanario, más grande que los de la Catedral de Posadas. El monje decidió ir a buscarlas, y fue hasta la cueva donde antes estaban sus nidos.

Al verlo llegar, las golondrinas salieron volando asustadas, porque creían que era uno de esos hombres que habían quemado sus nidos. El monje se sentó a esperarlas, “ya se van a dar cuenta de que yo vengo a ayudarlas”, decía el monje y las llamaba. Estuvo allí un rato y las golondrinas, al verlo sentadito, vieron que no era un hombre malo y se

acercaban cada vez más, siempre volando, hasta que una bajó con un poco de temor todavía.

El monje tomó una miga de pan, hizo una bolita y se la tiró, la golondrina contenta comió.

Bajó otra; una bolita de miga, también la comió, así una bolita de miga de pan que tiraba el monje, otra golondrina que bajaba. Cuando él se dio cuenta, habían bajado todas las golondrinas y eran una cantidad, como las palomas que vos viste en las plazas de Buenos Aires, ¿recordás?

Las golondrinas estaban contentas nuevamente porque encontraron un hombre amigo, de tan contentas hacían un gran barullo.

“¡A ver, silencio!”, gritó el sacerdote y todas se callaron.

“Yo sé que ustedes quedaron sin nido y están muy tristes, ¿verdad?”, preguntó el hombre.

“Sí, sí”, contestaron todas.

“Yo vine a ofrecerles mi ayuda –siguió diciendo el monje–, yo vivo en una iglesia que tiene un gran campanario, si ustedes prometen no ensuciarlo todo, yo puedo dejar que vivan en él”.

“Muy bien, muy bien, muchas gracias”, dijeron todas y fueron a vivir al campanario de la iglesia de San Juan de Capistrano, ese día era 18 de marzo de hace muchos años.

Allí vivieron contentas, cuando llegó el frío se reunieron todas para despedirse del monje, antes de seguir su viaje, siguiendo al calor.

“Nosotras”, dijeron las golondrinas, “nosotras seguimos viaje y volamos hacia allá para llevar también la primavera. El año que viene volveremos acá”.

“Bueno”, dijo el monje, “pero antes de partir, como ustedes son valientes y libres, hagamos un pacto. Yo las esperaré acá el 18 de marzo y uste-

des tienen que comprometerse a llegar ese día". "¡Dale!", dijeron las golondrinas y el pacto se hizo. Las golondrinas volaron alto y dieron una vueltota para despedirse, y el monje levantando la mano les decía: "Adiós, buen viaje, saludos a las flores y a las aves de la Argentina, un beso a sus niños. ¡No se olviden de lo pactado!", y las aves partieron.

Pasó el año y cuando llegó el día fijado, el monje se sentó a esperar la llegada de las golondrinas. A la tarde de ese día fueron llegando todas, el monje muy contento las saludaba tocando la campana de la iglesia. Talán, talán, bienvenidas sean las golondrinas, talan, talan.

Las golondrinas bajaron y le contaron al hombre todo lo que habían visto en la Argentina, sus niños, sus perros y sus ríos.

Y desde ese año las golondrinas todos los años viajan de acá hacia allá y de allá hacia acá, siguiendo al calor. Pero, eso sí, jamás se olvidaron de llegar a San Juan de Capistrano el día fijado por el pacto.

23 de marzo de 1981

EL BESO

Yo dormía tranquilamente y, de pronto, ¡me despierto! ¿Quién me besó? Prendí la luz y nada. Me toco la cara y el beso estaba allí. Pero... ¿quién me besó?

Esto sí que es gracioso. Me acosté y me hice el dormido cerrando un ojo para descubrir al que me dio el beso. Me quedo calladito y espío por un lado del ojo. Un rato después siento un viento más fuerte y otro beso más grande y más fuerte. Abro rápido los ojos ¡y nada!

De pronto, escucho una vocecita:

—Este beso es para mi papi.

—Sí, te va a pinchar con su barba.

—No, porque papi no tiene más barba.

Recién ahí me di cuenta que vos, mi hijo Ernesto, me habías mandado esos besos montado en el viento que soplaste en el oído de su trompo.

Por el cielo, por las nubes, por los campos, hasta La Plata, donde estoy.

Y yo, tu papi Ani, me quedé tan contento que me levanté y me paré en un pie y bailé, giré, di vueltas y vueltas, como el perro de la novia de Chopin.

7 de marzo de 1981

¿Te gusta la calesita? Es hermosa. ¿Sabés que me contaron el otro día? Me contaron una cosa muy linda y que te va a gustar. La calesita tiene caballos donde los chicos suben a dar vueltas, ¿recordás? También tiene otras cosas.

Lo que me contaron fue que antes había sido que las calesitas no tenían caballos y resulta ser que a todos los niños les gusta andar a caballo y son muy poquitos, casi nadie, los que tienen caballos de verdad para andar en ellos.

Así fue que un día los caballos decidieron hacer algo, llamaron a todos los potrillos para ver qué podían hacer, a uno se le ocurrió trabajar en una calesita a donde van todos los niños. A mí me parece que al que se le ocurrió había trabajado en un circo y por eso lo sabía. ¿Vos conocés el circo?...

La cuestión fue que decidieron trabajar en una calesita.

Pero, ¿quién? Tenía que ser uno que se quede en la calesita para siempre.

Nadie quería porque a todos les gustaba andar libres por los campos.

¿Entonces quién?

¡Por suerte estaba allí Pinocho!

“Yo puedo regalar mi caballo de madera”, dijo.
“Después le pido a mi papá que haga muchos caballos de madera para que se lleven a todas las calesitas del mundo”...

“¡Muy bien, muy bien!”.

De esa manera, las calesitas tuvieron todos sus caballitos de madera para que todos los chicos pudieran montarlos.

Yo de chiquito subía a uno y taca-tac, taca-tac, “chau mami” que me miraba desde un banco.

Suena la música, comienza la rueda y montado en el caballo de Pinocho taca-tac, taca-tac, “chau mami”, vuelta que te vuelta, allá lejos por los campos, los arroyos taca-tac, taca-tac, en el caballo de Pinocho.

Saltaba a otro caballo, vuelta que te vuelta, “chau Pili” que me sigue atrás y ahora mi caballo se llama Rocinante y yo soy “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, mi casco y mi armadura, taca-tac, taca-tac, gira la calesita y mami me grita “chau hijo mío... allá va mi Quijote de la Mancha”... chau-chau... vuelta que te vuelta.

Otro caballo, que tiene sus patas levantadas y yo soy ahora el defensor de la patria con mi uniforme de capitán. Otra vuelta, la calesita gira y allá lejos todos mis soldados de mariposas y palomas formados para marchar.

Rataplan-plan, rataplan-plan, marchando alrededor de la calesita con el Pili al frente. Yo sobre mi caballo de madera taca-tac, taca-tac, girando, girando.

¿Te gusta la calesita, Ernesto? Viste que hay muchas cosas para subir, autos y canoas pero lo que a mí más me gusta son los caballos de madera.

Vos no me contaste si ya subiste a uno en la calesita.
¿A vos también te gusta el caballo?

Cuando ya va oscureciendo es más lindo todavía porque la calesita tiene estrella propia hecha de focos de colores, ¿viste? También las estrellas giran, verdes, rojas, amarillas en el cielo de la calesita, es muy lindo porque el cielo está cerca, parece que el caballo es capaz de saltar de una estrella a otra por encima de las nubes, por encima del mismo cielo, el caballo de madera de Pinocho.

Decile a tu mamá que el día de tu cumpleaños te lleve a la calesita pero... ¿hay calesita en Posadas o no?

Acordate, cuando subas a un caballito, de dar un inmenso salto por encima de las nubes y gritar "chau mami, chau Pili, chau papi" y yo te voy a gritar desde acá "chau Ernesto, hijo mío que te quiero tanto, chau hijo mío, feliz cumpleaños".

Ah, acordate también de llevarlos a todos tus compañeritos que vienen a la fiesta de tu cumpleaños y enseñarles a andar sobre el caballo de madera de la calesita, contales que a todos los hizo el papá de Pinocho.

Marzo de 1981

MANUEL ORTIZ
(CONTANDO A ROA BASTOS)

Así como la historia que te conté del constructor de violines Stradivari y que terminó metiéndose en la melodía de uno que construyó especialmente para no morir, así pasó también en la tierra de tu abuelo, ese hombre se llamaba Manuel Ortiz.

Este gran hombre amaba tanto su guitarra que enseñaba a tocar a todos aquellos que se lo pedían.

Sea quien fuere el que le pidiera que toque una melodía, él tomaba su guitarra y arrancaba de sus cuerdas: Pájaro Campana, Campamento Cerro León; y su guitarra sonaba como si alguien estuviera cantando desde adentro.

Todo esto me contaba tu abuelo Pedro a quien no conociste y que también era paraguayo como el constructor de guitarras.

Cuenta él que cuando Manuel Ortiz tocaba Pájaro Campana, todos los pájaros se juntaban alrededor para escucharlo y él tocaba para ellos: tin-tan repetían todos y el canto se extendía por toda la selva paraguaya y llegaba hasta la selva de Quiroga. Toda la selva estaba de fiesta y todas las aves ponían huevos de colores que luego darían pájaros multicolores.

¡Manuel Ortiz está tocando su guitarra!, todas las aves, todos los animales, todos los hombres, toda la selva están de fiesta.

Un día el guitarrista enfermó y la guitarra ya no sonaba, el mundo entristeció, don Manuel no quiso que nadie se enferme con él y se fue a vivir al monte.

Se hizo un rancho a la orilla de un arroyo sobre la cascada. Allí vivió, llevó consigo su guitarra que también estaba triste.

¡Cómo puedo permitir que todos estén tristes por mi culpa!, se dijo un día Manuel Ortiz. ¡No puede ser! Tomó su guitarra, la acarició dulcemente y poco a poco fue pulsando sus cuerdas.

Tin-tan, tin-tan, y el monte vibró, temblaron los árboles y los pájaros, lagrimearon los hombres y las mujeres. ¡Manuel Ortiz está tocando su guitarra! Las campanas salieron a mirar, tan-tan-talan lo imitaban, las mariposas bailaban, la luna salió a mirar.

¿Desde qué monte, desde qué selva Ortiz Guerrero toca su guitarra? ¿Dónde? Todos escuchan, pero nadie lo sabe. Tin-rojo, tan-violeta, talan-verde, todos cantan; hasta la selva de Quiroga canta. Un día ya muy viejo y enfermo, antes de morir, el constructor de guitarras tomó un árbol, lo trabajó, trabajó y talló un Jesucristo, cuando lo hubo terminado lo tuvo por compañero, a lo mejor le enseñó a tocar la guitarra también; ya moribundo tomó por última vez su guitarra y comenzó a tocar campamento-pájaro campana-india, y desde entonces cuando hay linda luna, suele escucharse el son de la guitarra en el medio del monte, todos los pájaros despiertan murmurando: Manuel Ortiz está tocando su guitarra! Dicen también que cuando el guitarrista paraguayo murió, todos buscaron el rancho donde vivió. ¿Dónde está Manuel?, repetían de boca en boca. Los pájaros lo encontraron, el hom-

bre ya no estaba, se había transformado en música, en canto, para viajar de guitarra en guitarra. Solo quedó un Jesucristo hombre, hecho de madera; y su música y su ternura.

30 de abril de 1981

¿Recordás que el otro día me trajeron un libro de regalo aquí en La Plata? Te voy a contar lo que me pasó.

Pasaba hoja por hoja cuando de pronto sentí como un viento, más que un viento parecía una caricia en el rostro.

Miré entre las hojas y otra vez la misma sensación.

No es un viento, no es una caricia, pensé, entonces recordé. Escondida entre las páginas me habías guardado un beso, ese que no me podías dar a través del vidrio.

Allí estaba intacto. Había sorteado todas las requisas para que cuando yo leyera el libro lo encuentre.

El gran beso de Ernesto estallaba desde la página de un viejo libro, llegaba otras veces envolviéndome todo, desde una brisa, a veces en las alas de una mariposa, desde el canto de un pájaro.

Todos llegan, buscan y buscan hasta encontrarme y vienen rodeándome todo, y yo me siento un papá orgulloso de tener un hijo valiente y bueno que se llama Ernesto, que siempre me sorprende con una nueva forma de enviarme un beso.

30 de abril de 1981

Hay un lindo día afuera, hermoso sol acá en La Plata. Sucede que estos días pasados fueron lluviosos, se veía que el frío y la lluvia luchaban arriba en las nubes, acá abajo en los patios y en el viento.

Los dos querían quedarse; el viento sur –así se llama– ayuda al frío que quiere secar todo; el viento norte ayuda a la lluvia que quiere mojar todo.

Primero ganaba la lluvia y caía y caía, el sol no intervenía en el juego; después parecía que el frío iba a ganar y empezó a llover más finísimo que los cabellos de un bebé.

Empezó el fresco pero el viento norte ayudó a la lluvia que volvió a vencer y otra vez el agua a cántaros, parecía una inundación, agua acá, agua allá, hasta el África de Daktari.

La lluvia seguía naciendo un día, otro, el frío parecía que quería llorar, el viejo viento del sur lo alentaba: “No te enojés, sé valiente”; pero la valentía no alcanza, se necesita voluntad, ganas de seguir, no entregarse; ¡dale!, y el sur soplabla más que el lobo de los tres chanchitos y el frío se animaba y luchaba contra la lluvia.

Se estaba cansando; ¡dale!, y el frío empujaba; la lluvia fue pasando, “pucha que el frío no solo era valiente sino que además no se entrega” y sopla y sopla.

El viento norte ayudaba, llovía; las paredes, el patio, las calles y las casas todas mojadas, la humedad le trae loca a mi guitarra.

El frío es chiquito pero no se entrega; de a poquito ya quería dejar, ¡pero no! y sigue, de a poquito echó a una nube y apareció otro pedacito de nube que quiso tapar el poquito de cielo que apareció, sopló el sur y se vio más cielo.

La lluvia quiso quedarse otro rato más y llovió más fuerte.

Sopló más el sur y se fue despejando, el cielo azul celeste más enorme y hermoso cada vez, después apareció sonriendo el sol.

El frío estaba cansado pero seguía, poco a poco fue venciendo hasta que hizo frío, los pisos se fueron secando, los árboles limpios por tanta lluvia también, salieron a volar los pájaros, bailaban contentos.

Siguió un hermoso día, la lluvia por quedarse un ratito más aunque sea, se hizo niebla y fue desapareciendo despacio y hoy el día está hermoso. Y como el frío quedó tan cansado de luchar contra la lluvia se habrá acostado a dormir, entonces el sol aprovechó para calentar un poquito este hermoso día.

Yo no sé si vos sabías que no alcanza con ser valiente solamente, es necesario además ser constante y probar y probar, de una forma o de otra, no enojarse, volver a empezar otra vez; una, dos, mil veces que ya saldrá.

Hay que tener voluntad como el frío; si se pierde, otra vez empezar sin entregarse. Por ejemplo, vos estás aprendiendo a leer, ¡pucha una palabra no te sale! No importa, se intenta otra vez, si no sale; seguimos hasta que salga.

¡No alcanza con ser valiente!

A veces la lluvia se enoja y para asustar al frío truena y llena de luz el cielo para dar miedo al frío; pero él ya la conoce, los truenos y los rayos son ruidos y luces para que él se asuste y nada más, entonces sopla; el viento norte discute con el viento sur y a los gritos con sus voces de truenos que aturden, discuten.

Mientras abajo la lluvia moja y el frío seca ayudado por el viento. Pero el frío es amigo de la lluvia, ellos no se pelean, juegan.

Al que más quiere el frío es al rocío, porque el rocío es suave y dulce, porque moja suavemente las hojas y las flores, a veces queda jugando en la punta de una rama o una espina y cuando el sol alumbra parece un cristal, más lindo que una bolita paraguayita.

El frío, montado en el viento, pasa por al lado del rocío y le silba una canción que le gusta y así juegan un rato; cuando pasa el viento el rocío brilla más para encandilar al frío, y se ríe.

¡No alcanza sólo con ser valiente!

15 de mayo de 1981

LA LUNA
A ERNESTO: DE TU PAPÁ QUE ESTÁ PRESO

Me preguntaste para qué sirve la luna.

Cuando el sol se esconde detrás del mundo, la tierra se queda sola, se queda a oscuras, el sol parte a brindar su luz a otros hombres, otros niños, otros animales y árboles que viven del otro lado del mundo.

El sol recorre toda la extensión del planeta para dar calor y luz a todos y cada uno, para crear amanezceres, madurar el maíz y formar el arco iris, dice la leyenda, ¿te acordás que te conté?

La noche oscura, ¡qué problema!

Nació otro mundo, más pequeño que el nuestro, y se llamó luna. En el giro de trompos en la creación del universo que te conté nos tocó ese pequeño mundo que se llama luna, que es como una pandorga que gira alrededor de la tierra. El sol ya está escondido y espía por sobre el horizonte alumbrando la luna que brilla en la oscuridad, brilla como un espejo. Sirve para alumbrar las noches cuando el sol no está, pandorga del mundo, espejo del sol. Por eso parece que nos sigue a todos lados, nos mira siempre. Alumbra las noches oscuras de los campos y de las rutas, algún caminante ento-

nará en su soledad, en la lengua de don Atahualpa, aquella zamba de “no le canto a la luna porque alumbra y nada más, le canto porque ella sabe de su largo caminar”.

¡Pandorga del mundo, espejo del sol!

Junio de 1981

P.D.: Yo en cambio canto la otra zamba, la de la luna que alumbra el canto del grillo junto al camino, porque con sombra en el alma pensaba en la ausencia del bien querido.

EL ÑANDUTÍ

Dicen que el constructor de guitarra de Itapé en medio del monte también solía tocar aquel chamamé cuyos versos dicen: las arpas su canto tejen/ en brumas de ilusión, sonoro ñandutí.

Me acordé de eso cuando una paloma me contó que inventaste una melodía que llamaste Fe. ¡Qué hermoso título!

Sí, hijo mío, hay que decirle al viento de nuestra fe hecha canción en la melodía de tu flauta, así esa tristeza porque yo estoy preso se transforma en la Fe de tu creación.

Tócala para mí ahora y que sonando a los oídos de tu zambaillú se eleve y llegue hasta aquí.

Tócala que yo te estaré escuchando.

Mientras suena tu Fe en nuestros oídos te contaré lo que recordé del ñandutí.

Las arañas, te decía el otro día, eran las únicas que aprendieron a dibujar en el aire. Dibuja con sus hilos brillantes, que atrapan insectos y gotas de rocío que brillan como pequeñas estrellas en su cosmo circular.

Las flautas en cambio no dibujan con lápices sino con melodías, por eso solo se escucha.

¿Y el arpa?, el arpa es una tela de araña de cuerdas sonoras.

Cuando el arpista la tañe salen hermosas melodías como el pájaro campana que vos conocés.

Tin-tan en el arpa de don Félix Pérez Cardozo, tin-tan-talan, ligero, ligero, más ligero, la canción que le enseñó el pájaro campana.

Te voy a contar un secreto, podés contarle solo a tu perro.

Resulta que había un arpista que tocaba su arpa mientras el pájaro campana escuchaba, una arañita chiquita, chiquita, más chiquita que un alfiler, había dibujado su tela en el aire del jardín. En su tela intentó tocar la melodía y no lo logró.

El pájaro campana se le moría de risa.

El arpista quería dibujar su música y tampoco podía, porque solamente puede ser escuchada.

Un buen día llegó de visita la primavera, se posó en una flor para mirar cómo trabajaba la arañita.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Fabrico un arpa para tocar pájaro campana —contestó la arañita.

—No lo lograrás.

—Seguiré intentando —insistió la arañita—, qué lindo sería verlo una vez dibujado de diversos colores.

—Sería realmente hermoso —dijo la primavera—, pero no lo lograrás.

El artista, que escuchaba silencioso, se quedó muy triste, entonces la primavera se apiadó de ellos y se dispuso a ayudarlos.

—Vengan conmigo —dijo, y la siguieron—. Traigan una tela blanca, bien blanca, muchos hilos de

colores, rojos, índigos, violetas, amarillos, verdes, todos los colores.

El arpista y la araña miraban atentos, llamaron al pájaro campana para que cante.

El ave se posó en un clavel y comenzó su melodía. Ti-tan-talán, cantó y la primavera, ti-tan-talán bordaba sobre la tela blanca con hermosos hilos de arco iris.

Ti-tan-talán, ligero, cantaba el pájaro campana; tin-tan-talán, ligero, más ligero, bordaba la primavera.

Amarillo, verde, azul, como una tela de araña, como el canto de un arpa, como el canto del pájaro campana, la primavera dibujaba colores.

Terminó el canto, terminó el bordado y el arpista escuchó su arpa en los hilos de colores del arco iris en la tela blanca.

—¿Cómo la llamaremos? —se preguntaban.

Desde entonces se llamó ñandutí, un sonido de colores que las niñas aprenden de sus madres desde muy pequeñas.

Sonido, luz, color, dibujo, estrella, bruma, ilusión. ÑANDUTÍ.

27 de junio de 1981

PASTOR DE NUBES

Resulta que allá en los cerros y montañas, que vamos a ir a conocer cuando yo salga, allá vivía un pastor que con su perro recorría los cerros, las piedras y los cardos, se llamaba Leopoldo Barboza.

El pastor se sentaba en las piedras y miraba las nubes: "¡Viento, viento!", llamaba, y el viento venía silbando entre las nubes.

A veces las juntaba, otras las separaba. Otras veces las traía a todas juntas hasta donde estaba Barboza y él les cantaba una zamba.

Leopoldo Barboza las conocía a todas por su nombre. La más pequeña, "Chiquita"; la otra, "Blanca"; aquella, "Jazmín"; la más grande "Nieve".

Todas se detenían a escuchar la canción de Barboza.

Cuando la canción era muy triste, las nubes lloraban y era como si una llovizna cayera en los cerros. A veces solo tocaba su quena, que es como una flauta de los pastores, que ya te lo conté, ¿recordás?

Cuando los pastores del valle veían que los cerros se tapaban de nubes, sabían que el pastor Leopoldo Barboza les estaba cantando una zamba.

El pueblo se llama Santa Rosa del Tastil y allí vive el pastor de las nubes. Cuando el poeta llegó al poblado y vio las nubes rondando, la punta de los cerros preguntó qué pasaba.

—El pastor está cantando para ellas —le dijeron.

—¿Quién?

Así nació la zamba “ese que canta es Barboza / pastorcito tastileño”, en el pueblo que se llama Tastil está sonando una melodía muy triste y las nubes lloran.

¿Quién puede cantar esta zamba para el pastor de las nubes?

Era difícil encontrar quien la cantara, para que sea hermosa como era.

¡Ya está!

Fueron las voces blancas; voces blancas como las nubes, voces que no eran voces sino nubes hechas canción.

¡Las voces blancas!

“Mirando pasar las nubes/ encima del cerro”: Y de golpe parecía que no eran las nubes las que bajaban sino que “soy yo el que se está yendo”.

¡Viento, viento!, y el viento pasa silbando la melodía, se detiene un instante, apura a las nubes retrasadas y a veces las detiene y mueve los cerros.

¡Las voces blancas! Alta, altísima, clara, blanquísima. “Cada cardón de la falda/ se le parece por dentro”.

¡Viento! ¡Nube! ¡Zamba! Cada cardón se parece al pastor de nubes. Silba el viento, canta la zamba, suena la quena y el viento pasa. ¡Qué lindo ser pastor de nubes!

¡Viento! “Que se apure Chiquita, que no se adelante mucho Jazmín, que espere Blanca”. Y el viento corría, empujaba y atajaba a las nubes. Las nubes blancas, como una majada de ovejas pasan por el

cielo. "¡Cuidado, cuidado!" Y Nieve da un gran salto para no chocar con el cerro y todos ríen.

El pastor de nubes está contento, "apenas se lo divisa cuando llovizna en el cerro".

Cantores como él puede ser que anden habiendo; pero pastor de nubes como él, no.

¿Qué dijo el poeta Manuel J. Castilla? Así se llamaba el poeta. ¿Qué dijo?

Dijo la zamba.

Septiembre de 1980

EL VERANO

Me quedaba contarte el Verano, que no es tan viejo, en realidad es un joven.

¿Recordás la familia?

El más viejo de todos es el Invierno, le dicen el abuelo Invierno, el otro viejo es el Otoño, la Primavera es una muchacha, madre de las flores; y el Verano, hermano de la Primavera, es un joven muy amigo de los ríos.

¡El Verano! Hoy hablamos de él. Cuando las golondrinas se juntan y se aprestan a partir hacia San Juan de Capristano, California, ¿recordás? Es porque viene el frío y cuando volvían, en sus alas viajaba la Primavera.

Dicen que el Verano es hermano del Agua y creo que son mellizos; cuando él viaja, lo hace nadando por los ríos y los arroyos, a veces monta en una ola de mar y cabalga, cabalga, hasta el cielo. Su hermana, la Primavera, dejó las plantas creciendo, los jardines en flor y necesitan hacerse fuertes.

Entonces viene el Verano, trae el calor, calienta todos los rincones y las plantas crecen más, las flo-

res se abren más. El sol quema, quema, sol radiante, sol del litoral. El Verano entra en todas partes.

Calor, calor... ¡más calor! Y todas las personas andan, caminan, transpiran.

Si se quedan en sus casas, el Verano se enoja y calienta más; entonces todos se preparan y van al río, al arroyo y el Verano se pone contento porque van a jugar con su hermano el Río.

Cuando ve a los niños corretear por la arena, el Verano queda contento y hace soplar un viento fresco para que no se quemem tanto.

Cuando ve a uno quemado por el sol, bien "tostado" por el sol, el Verano se pone contento porque ese crecerá fuerte y valiente. A los que más quiere es a aquellos que aprovechan para nadar y nadar, a los que les gusta el agua. Cuentan que hay una canción que le gusta mucho y siempre canta; esa que dice "por el río Paraná, aguas arriba navego", sobre todo esa parte que dice "...montados en la corriente, agua y sol sobre la frente, agua y sol del Paraná", ¿la conocés?

Para mí que el Verano vive en Misiones, porque allí hay muchos arroyos donde puede nadar. Él da un gran salto y cae en las cataratas, se larga como en un tobogán por el arco iris; se trepa las barrancas, recorre las islas y después nada "aguas abajo del río". Da otro gran salto y cae en Profundidad y allí hace como vos, resbala por las piedras y juega a las escondidas con las mariposas.

Dice que un día él venía durmiendo en la corriente de un arroyo y cuando estaba bien dormido el Arroyo decidió hacerle un chiste, se subió por una barranca y después se echó de golpe por un salto y cuando el Verano chocó contra una piedra se golpeó la cola y se despertó asustado.

“¡Qué, qué... qué pasó!”, decía asustado y el agua y los peces se le morían de risa. El viejito Sor-do Loco un día me contó que él lo encontró porque el Verano también solía ir a buscar miel por el monte, allí lo encontró.

Otra cosa que le gusta mucho, ¡le encanta!, es la pelopincho. Le gusta ver tantos chicos jugando en tan poquita agua, dice que él recorre todas las pelopincho y conoce a todos los chicos por su nombre.

Se muere de risa (como los chicos) cuando los ve alegres, y cuando salta una gota de agua afuera de la pelopincho, él da un gran salto y pone la mano para que la gota caiga allí y lo vuelve a tirar dentro para que la pelopincho no quede sin agua.

Cuando ya es tarde de noche y todos van a dormir, él va a conversar con el Río. ¡Verano! Hace calor.

Dicen que el Verano duerme en la selva de Quiroga, bajo los árboles. Amigo del agua, de los ríos y los arroyos. Quema, quema sol ardiente, sol del litoral.

¿Te gusta el Verano?

Otra cosa que le gusta al Verano es ver cómo los hombres reman y bogan con sus canoas, río abajo, río arriba.

De noche también la Canoa y el Verano charlan. Ella le cuenta cómo se hizo canoa, le cuenta que primero era un árbol que vivía en el bosque y que muchas veces el Verano durmió a su sombra. Después el árbol quiso viajar, conocer el mundo, andar por el río. El pájaro carpintero le dijo un día que él podía fabricar una canoa con su tronco y echarla a andar por el agua.

¡Dale!

El pájaro carpintero trabajó un día, otro. Tumbó el árbol, hizo tablas con su tronco. Puso las tablas

en el agua para que se vayan acostumbrando, las dobló, las cortó y las unió una a una.

Con sus ramas hizo dos remos y la canoa quedó lista.

El árbol convertido en canoa por obra del pájaro carpintero se despidió de sus hermanos árboles y echó a andar río abajo. Así la canoa le cuenta su vida al Verano que escucha asombrado. Le cuenta cuando vienen las grandes inundaciones y el río crece y crece queriendo llegar a las nubes; cuando se asoma por encima de los árboles para ver el arco iris pintado en el cielo.

El Verano escucha. Otras veces le cuenta los cuentos de la selva de Quiroga, dice que ella –la canoa– era muy amiga de Horacio Quiroga y solían charlar horas enteras, fue ella la que le contó ese del regreso de Anaconda y que Horacio lo que hizo fue escribirlo para nosotros.

¡El Verano! Hermoso joven misionero nacido en las selvas de Quiroga, hermano del Paraná, primo del Yabebirí. Domador de arco iris. Hermano de la primavera y amigo de los pájaros. Tal vez sea el papá de las pelopincho.

Ese es el verano.

20 de junio de 1981

VIVALDI

En las Cuatro Estaciones de Vivaldi también aparecen el joven Verano, su hermana la Primavera, el viejo Otoño y el viejito Invierno, esta vez en melodías y acordes. Si escuchás con atención te vas a dar cuenta de que las hojas giran y giran cuando caen en el otoño de Vivaldi ocupando todo un compás. Vas a escuchar que el Violín le arrebató el sombrero al viejito Invierno y hace frío, ¡frío!

En sus compases sentirás cómo pelean el viento Norte y el viento Sur en las barrancas del Cerro Pelón.

¡Estás escuchando las Cuatro Estaciones de Vivaldi!

En su primavera sentirás ganas de vivir, y el sol dorará tu piel en los compases del verano.

¡Estás escuchando Vivaldi!

27 de junio de 1981

CARAÍ OCTUBRE

Caraí Octubre es un viejito que vive en los campos y en los yerbales; esto me lo contaron de niño. Dicen que anda de visita por la ciudad, pero vive en el interior, cerca de la casa de la abuela Eustaquia.

Dicen que Caraí Octubre es amigo del viejito Invierno y del Otoño, es padrino del Verano y de la Primavera.

Como todo personaje mítico de nuestra cultura, al Caraí Octubre tampoco se lo ve, pero podés reconocerlo como al Invierno.

Este hombre no canta ni silba o, mejor dicho, no con melodía, sino en forma de lluvia.

Es un gran caminante, amigo del Sol.

Te voy a enseñar a reconocerlo.

Como es un gran caminante siempre anda de paseo y se manifiesta como una llovizna muy fina a veces, fuerte lluvia otras. La lluvia fina vuela con el viento en forma de niebla y se hace canto con él. Aunque moja, no es una llovizna común.

¿Sabés por qué?

Porque él, muy campante, por ser amigo del Sol no lo oculta, por eso cuando el día está radiante, de pronto pasa Carai Octubre en su ropaje de lluvia. Te vas a dar cuenta, lindo sol y llueve fuerte, es porque pasa Carai Octubre corriendo, si la lluvia es fría va al paso, cuando camina sobre los techos hace gran ruido.

¡Pasa Carai Octubre!

Él es un hombre muy bueno, pero se molesta cuando lo desobedecen. Siempre trata de sorprender y mojar al que lo pesca fuera y se muere de risa, si te moja todo se pone contento, pero cuando termina de pasar debés cambiarte la ropa. Si no te cambiás inmediatamente, Carai Octubre se enoja mucho, te manda una fiebre y te podés enfermar.

A veces salís todo cambiadito y con una gran risa el Señor Octubre vuelve a pasar mojándote todo de nuevo. Es que te aprecia mucho.

Él fue el que inventó el carnaval.

Tu abuelo me contó que hubo una vez un señor que estaba carpiendo en su chacra y para refrescarlo pasó Carai Octubre.

Como el hombre estaba muy apurado con su trabajo, no hizo caso. Carai Octubre volvió a pasar y esperó. Tampoco se inmutó el hombre, esperó otro rato y como el chacarero no fue a cambiarse, esa noche Carai Octubre le mandó una gran fiebre que no lo dejó dormir. Desde entonces nadie se queda con la ropa mojada puesta.

Sólo a Brite Taby que te conté, Carai lo perdona, porque es un gran caminante como él, y porque no tiene otra ropa para cambiarse.

Si llueve con sol es porque pasa Carai Octubre.

23 de junio de 1981

6/6/81 – 6/6/82

ERNESTO TIENE 5 AÑOS

LEYENDA DEL CARAGUATÁ

Estos días llovió mucho en mi mundo rectangular, en esta especie de Aleph, al decir de Borges. Recordé otras provincias y pueblos en donde nunca llueve, tierras desérticas y montañosas, y recordé esta leyenda que no sé quién me la contó y que te transcribo desde mi memoria.

En la selva de Quiroga todos sabían de estas tierras. Tierras tristes donde ningún árbol ni grande ni chico vivía. Todos lo sabían, las aves viajeras, principalmente la golondrina, habían hablado mucho de eso.

Los árboles más ancianos, que son altísimos y viven en el centro de la selva de Quiroga, y son como padres de los montes, me mandaban mensajes hablando de esos lugares desérticos. El más joven de ellos, pero que había nacido hace miles de años, propuso que se pregunte a cada arbolito del mundo si quisiera ir a poblar aquellas tierras para darles vida, porque no es posible –decía– que existan lugares sin árboles, poblados solamente por piedras y areniscas.

El viejo lapacho asintió y todos pensaron que era lo más justo.

Los inmóviles testigos del mundo, adheridos a la tierra, llamaron a todos los pájaros mensajeros de los árboles.

Todas las aves se reunieron para aprender el mensaje que debían transmitir a todos los rincones de la tierra.

—Aves —dijo el viejo lapacho—, ahora que están todas, vayan a transmitir a cada árbol, grande o pequeño, que ninguno quede sin saber que hay un lugar desértico, donde casi nunca llueve, donde de día hace mucho calor y de noche mucho frío, ese lugar yermo no tiene árboles y, siempre que alguien se anime, es voluntad de la selva ir a poblarlo. Vayan y pregunten quién quisiera ir a vivir allá.

Los pájaros partieron en todas las direcciones, planta por planta, árbol por árbol, iban dejando el mensaje. Todos preguntaban cómo era aquel lugar y ellos les explicaban exagerando un poco para asustarlos. Tan es así que nadie se animaba y contestaban: “No, gracias, estamos bien aquí”.

Transcurrieron las treinta lunas y todos los pájaros regresaron del centro de la selva de Quiroga, en donde viven los viejos árboles, diciendo que no habían encontrado a nadie con voluntad de ir a vivir allá.

Los ancianos estaban muy apenados: “¿Será posible?”, murmuraban en la lengua de vegetal inmóvil de tiempos inmemoriales.

II

Un día, al atardecer del final de las grandes lluvias, cuando el sol tímidamente asomó en el ocaso para decir que era la señal, llegó el loro. Explicó su

atraso por enfrentar a la tormenta, volar bajo la lluvia y atravesar grandes inundaciones en su regreso.
¡Llegó! ¡Llegó la gran noticia!

Había encontrado al Caraguatá, el gran caminante. Este árbol preguntó todo lo que el loro pudiera contarle sobre los lugares desérticos.

El Caraguatá dijo, contó el loro: “Ya estoy muy viejo para semejante aventura, (así llamaba a los árboles padres de todos los montes), decíle a los carái que, aunque estoy muy viejo, tengo un hijo chico y los dos podremos poblar el lugar, yo solamente lo acompañaré”, y guardó silencio.

Los árboles quedaron muy contentos. “¡Por fin!”, exclamaban.

Con grandes festejos se preparó la partida. Todos trataban de alentarlos. Tomados de la mano padre e hijo, acompañados por miles de pájaros, iniciaron la marcha.

Caminaron y caminaron, día y noche, hasta alcanzar la orilla de esas tierras lejanas. “¡Mi Dios!”, exclamaron ambos al ver por primera vez la tierra sin árboles, solo piedra y arena, ningún río, ninguna nube.

“Hijo mío, acá debemos ser muy valientes” –dijo el viejo Caraguatá–. Tendremos que aguantar para llenar de vida y alegría estas tierras tan tristes”, y siguieron caminando hasta el centro y allí se quedaron.

Al principio permanecieron muy juntos para vencer el miedo, luego lentamente fueron separándose mientras el sol trepaba por el horizonte; medio día, tarde, ¡quema!, ¡quema! ¡Estaban preparados para vencer!

—¿Cómo estás, papi?

—Bien, muy bien, cantemos una canción.

Llegó la noche y con ella el frío, ¡frío!, ¡más frío! La piel se erizaba toda. Piel de gallina; frío, frío, más erizados. En cada poro le nacían puntas cada vez más largas –estaban preparados para vencer– que se hicieron espinas por el frío.

Ellos resistieron, ¡estaban preparados para vencer! Aguantaron sin ninguna queja y, como premio, Tupá, al amanecer, les regaló una flor.

Desde entonces, las caraguatás se multiplicaron y llenaron las laderas. Caraguatá viejito, cansado de esperar las lluvias que no llegaban, levantó sus brazos en súplica, sus hijos lo imitaron y hasta hoy se los ve con sus brazos en alto.

Cuando Caraguatá era muy anciano ya, Tupá se apiadó de ellos y les envió una lluvia y con ella llegaron llamas y guanacos. Los pájaros llevaron la noticia hasta el centro de la selva de Quiroga donde viven los árboles padres de los montes. ¡El desierto tenía vida!

¡Estaban preparados para vencer!

“¡No pasarán!”.

1º de julio de 1981

Antes la tierra era despoblada, nadie vivía en ella, ni siquiera una persona. Entonces Tupá –que es Dios de los guaraníes– hizo la primera mujer y la dejó en el mundo.

Después ella tuvo dos hijos mellizos; los llamó Yrykeí a uno y Yryvú al otro, porque era como una paloma blanca el primero y como un cuervo el segundo.

Un día la mamá se quedó dormida a la orilla del monte y el yagüareté la mató, los mellizos se quedaron solos. Añá, el maligno (diablo), buscó a los mellizos para llevarlos con él, pero Tupá, que siempre estaba atento a lo que hacían los hermanos, no lo permitió.

Tupá los cuidaba cuando nadaban en el río y cuando se metían en el monte buscando frutas para comer. El día en que Añá quiso llevarlos, Tupá bajó del cielo vestido de viento norte y, asustado, Añá huyó.

Por primera vez Tupá habló, con su voz de trueno –“Yrykeí, Yryvú”– los llamaba. Y ellos corrieron a su encuentro.

—¿Qué quieren ser ustedes? –preguntó Tupá.

—Yo quiero ser luz –contestó Yrikeí.

Luego de pensar un ratito, Tupá dijo:

—Serás el sol, serás kuarahy, madurarás el maíz, harás los amaneceres y cuando tus rayos pasen entre las lloviznas de las cataratas, pintarás el arco iris. Será la señal en el cielo de que la lluvia ya no será. ¿Y vos? –dirigiéndose a Yryvú.

—Yo quiero ser luz pero para iluminar la noche –contestó Yryvú.

—Serás la luna, serás Jasy –volvió a hablar Tupá. Hamacarás las aguas en los mares, serás dueña del reflejo de los ríos y los mares, cuando ellos se disfracen de luna. Serás madre de las estrellas y ellas te acompañarán en el oscuro fondo del cielo donde florecerán.

Yryvú subió al cielo y se convirtió en Jasy, que quiere decir luna en lengua guaraní, y las estrellas eran tantas que llenaron el cielo. Jasy dio luz a la noche, la noche de los montes, los campos y los caminos y la que duerme bajo los puentes.

Mirarse en el espejo del agua era la pasión de Jasy, se deleitaba viendo cómo su vestido de plata se hamacaba en las correderas, así pasaba hasta el amanecer, hasta la llegada de Kuarahy, su hermano mellizo, al que Tupá había convertido en sol.

II

Cierta vez, cuando Jasy espiaba entre las ramas de los árboles, vio que una pareja de indios corrían tomados de la mano, perseguidos por otros que querían alcanzarlos, la pareja de novios huía.

Ella se llamaba Parasy, ¡una hermosa india! Él, Yguá –el del agua–, porque era el mejor nadador de su tribu.

Yguá y Parasy provenían de tribus enemigas. Las tribus a las que pertenecían cada uno se habían peleado mucho tiempo antes de que ellos nacieran, porque no habían aprendido a ser buenos, buenos de alma como el Principito, no habían aprendido el lenguaje de la convivencia. No quisieron escuchar a Tupá cuando quiso enseñarles cómo lo hizo con el principito.

Yguá conoció a Parasy cuando ella iba a recoger miel a los montes y se enamoraron, Tupá los vio crecer y consintió el amor.

Intentaron casarse pero no les dejaron, por eso decidieron huir. Corrían y ya estaban muy cansados, llegaron a orillas de un barranco y los alcanzaron. Los perseguidores tiraban flechas mientras Yguá intentaba bajar el barranco para que no lo tomen prisionero y perdió pie, cayó al vacío y se murió.

Parasy se puso triste, tan triste que lloró y lloró desconsolada, y su río de lágrimas fue saltando barrancos.

Al verla tan triste, Tupá la convirtió en las cataratas del Yguazú, por Yguá y porque Yguazú quiere decir "lugar de aguas inmensas".

Desde entonces, Parasy juega saltando de barranco en barranco vestida de saltos e Yguá convertido en espuma la acompaña. Cuando tuvieron hijos, tuvieron mellizas y las llamaron Salto Dos Hermanas.

Kuarahy y Jasy los acompañan en sus pasos. Por las noches, desde muy lejos, se escucha la voz de Tupá conversando con ellos en el idioma del Yguazú. Hay días en que Jasy espera a su hermano y con Tupá quedan sentados en las barrancas.

Dicen los visitantes que el gran salto se llama Garganta del Diablo, porque creen que allí se que-

dó atrapado Añá y nunca supieron que ese salto es el refugio de Tupá cuando baja al mundo vestido de viento norte.

Agosto de 1981

LAS CATARATAS Y EL LEÓN DE LA SELVA HISTORIA DE LA CONQUISTA

Yo me estaba acordando de tus libros de animales y que a vos te gustaba el León porque era el rey de la Selva. ¿Recordás que me contaste? Lo que sí yo nunca te conté por qué el león era el Rey de la Selva.

Porque al principio el rey era el tigre y después recién fue el león. Cuándo, no sé, pero sucedió así: la Argentina, nuestro país, extendió su brazo hacia el norte, hacia el nordeste más allá de la casa de la abuela Eustaquia y tomó las Cataratas en su mano para que sean argentinas. Ese inmenso espejo de agua que es como un mar, salta peñascos y barrancos en cientos de saltos y saltitos formando las Cataratas del Yguazú. ¿Te acordás de las Cataratas?

Allí está el salto “Las Dos Hermanas”, que parecen dos mellizas. Allá, el salto Bosetti, donde viven los arco iris, (¿recordás?). Más allá, el salto San Martín, donde cae tanta agua que asusta, también las nubes blancas juegan al tobogán en ese salto. Después caminitos y más caminitos de puentes hasta otros saltos donde se mete un pedazo de mar. ¡La Garganta del Diablo! Allá abajo se juntan las aguas para llegar hasta el Paraná. En las Cata-

ratas uno no sabe si termina Misiones o comienza Argentina. Hasta allí llegan las Selvas de Quiroga, las selvas misioneras de donde salieron los “Cuentos de la Selva”.

En las Selvas de Quiroga viven y conviven coatis, venados, monos... multicolores víboras: ñacatiná, corales, yararás... miles. Allí reinaba tranquilamente el yaguareté, al que los indios guaraníes llamaban yaguareté –el de cuerpo de perro. Todos los animales vivían tranquilamente con el tigre de jefe hasta que un día llegó el león. Le decían “león africano”, porque dicen que un día fue de paseo al África porque quería conocer a los elefantes y las jirafas. Allá en el África se hizo amigo de los rinocerontes y los hipopótamos; al león le encantaba verlos siempre metidos en el agua de las lagunas y los pantanos. Dicen que también conoció a Tarzán de la Selva.

II

La llegada del león a Misiones sucedió cuando la selva estaba de fiesta, estaban festejando el cumpleaños del mundo. Todos los animales y las aves habían preparado sus regalos para dárselos a la tierra. El coatí trajo una sandía grandísima como un camión; el gato montés, al que decían “gato onza”, trajo dos cachos de banana. El picaflor trajo en su pico un clavel del aire, que encontró en el hueco de un lapacho. Todos trajeron sus regalos. Alegres festejaban el cumpleaños del mundo. Sólo el urutaú seguía llorando porque no la cuidó a su mamá cuando estuvo enferma, y se fue a vagar, y cuando regresó ella ya no estaba en este mundo. Los demás estaban alegres y contentos en el cumpleaños.

El viento paseaba entre las tacuaras y ellas cantaban con sus voces de flauta. A veces silbaban imitando al Jasy Jateré, otras veces cantaban suavemente imitando el vuelo de los cuervos que giran en el cielo saludando al sol.

Todos bailaban... Lo más hermoso de la fiesta de cumpleaños del mundo era verlo bailar al ballet de las Garzas. Un giro, dos saltos, un vuelo y la caída suave. ¡Blancas! ¡Qué hermoso baile!... Una figura, cuatro pasitos, alas abiertas, otro giro, juntos, bien juntos; y la música de la flauta parece quedarse dormida en esas alas. ¡Blancas! ¡Hermosas!... Las garzas bailaban y en ese momento fue que llegó el león. Los animales no se dieron cuenta de la llegada del león, porque estaban atentos al baile. Hasta el sol pasó un rayito por entre las hojas para espiar. El león mismo estaba asombradísimo por la danza de las garzas. ¡Terminaron! ¡Viva! ¡Otra, otra! ¡Bravo! Todos aplaudían. A la vieja lechuza se le escaparon dos lágrimas de la emoción. ¡Viva! ¡Bravo! ¡Otra!

De repente vieron al león que miraba a todos con su mirada tranquila, sus ojos parecían los de un padre cuando mira a sus hijos. ¡Allí estaba el león! Fueron a saludarlo uno por uno, porque los animales son muy educados y respetuosos.

—¡Buenas tardes, señor león!

—¡Buenas tardes!

—¿Cómo está usted?

—¡Bien! ¿Y ustedes?

—¡Bien!

Saludaban. El león parecía cansado. ¡Sigán la fiesta! Le tocaba bailar al picaflor, las tacuaras tocaron sus flautas y el picaflor bailó una danza ligerísima que sólo él era capaz de bailar. El clavel del aire que seguía llevando en el pico ya estaba mareado

de tantos giros. Cuando llegó el atardecer la fiesta fue terminando y todos se pusieron a conversar.

El león contó sus travesuras por el África y sus aventuras por el Amazonas, en donde hay un río que cruza todos los montes y las selvas del Brasil. El tigre escuchaba callado... Una lagartija, la más preguntona y curiosa, le dijo al león:

—Señor león, ¿qué lo trajo por aquí?

El león calló, se hizo un gran silencio.

La vieja lechuza se movió por primera vez en el tronco donde había permanecido inmóvil durante toda la fiesta. Se movió inquieta porque le adivinó el pensamiento al león (la lechuza es la única adivina de la selva).

—Vine a ser el rey de las Selvas de Quiroga —dijo el león.

El yagareté se paró de un salto.

—¡El único jefe aquí soy yo! —bramó el tigre.

Todos los animales se apartaron porque presentían una pelea. El león retrocedió dos pasos, no quería pelear, no quería lastimar a nadie. “¡Sólo bastará asustarlo!”, pensó. Se apoyó firmemente sobre sus cuatro patas, se echó sobre las de atrás, hincó su hocico en la tierra y bramó. ¡Rugió! La tierra tembló de susto, los árboles y las piedras temblaron. Se erizaron los pelos y las plumas.

El tigre avanzó dos pasos, él no se asustaba tan fácilmente... El león retrocedió otro paso y volvió a rugir. Las tacuaras quedaron mudas, caían las hojas de los árboles por el temblor de las plantas. Yagareté levantó la cabeza y rugió a su vez.

—Ya estoy viejo para la pelea —pensó—, ya es hora de que deje mi lugar a otro e irme a descansar a mi cueva —pensó resignado.

Dio vuelta y se alejó lentamente. La fiesta siguió otro ratito para festejar la llegada del nuevo rey de la selva.

Desde entonces, el león es “el rey de la selva”.

Agosto de 1981

Hoy quisiera hablarte de don José de San Martín.

Don José de San Martín vivió hace muchísimo tiempo y cuando era viejito, más viejito que la abuela Eustaquia, en un lejano pueblo de otro país, se murió. Desde entonces, los argentinos lo recordamos como el Padre de la Patria.

Ya hablamos de la patria cuando fue su cumpleaños, que tenías que saludarla agitando tu banderita.

San Martín es el Padre de la Patria. Resulta que antes, cuando él vivía, los hijos de esta tierra argentina no podían hacer lo que querían porque personas venidas de lejos les decían: “¡Hacé esto, no hagas aquello! Te quito esto” y los argentinos no podían decir nada.

Un buen día dijeron: “¡Basta! Queremos ser libres”. Pero los otros no querían, fue entonces que San Martín intervino en defensa de la patria. Juntó a la gente, caballos, carros, hizo un ejército y la defendió. Peleó en San Lorenzo y las personas venidas de lejos se fueron retirando porque San Martín y sus soldados le dieron una gran paliza en las ba-

rrancas de San Lorenzo. Juntó más gente después y los siguió corriendo.

Los otros se escondieron detrás de una montaña preparándose para volver. “Vamos a correrlos de allá para que no vuelvan” y se fueron al otro lado de la Cordillera de los Andes. Por todos los caminitos la cruzaron. Iban cruzando de a poco hasta que en Chacabuco y Maipú le volvió a dar dos palizas y los echó más lejos. Los siguió corriendo más lejos, a Chile, a Perú, para que no pudieran volver. Desde el otro lado también lo venía corriendo otro gran hombre, don Simón Bolívar.

Los dos juntos, San Martín desde el sur, Bolívar desde el norte, terminaron echándolos a todos para no volver nunca, nunca más.

Por eso don José de San Martín es el Padre de la Patria. Para cruzar los Andes llamó a muchas personas, los indios guaraníes, aquellos compañeros de Andresito Artigas también lo acompañaron, cruzaron los Andes y pelearon en Chacabuco.

Una mención especial hay que hacerle al negro llamado Falucho, “el negro Falucho”; el que cuando todos se dieron vuelta y se pusieron a pelear en contra, solito los enfrentó, allá en Callao defendiendo la bandera de la patria. Ese negro sí que fue valiente, como lo fue Cabral, soldado heroico.

Ernesto, ahora ya ha pasado mucho tiempo y a mí, y a vos, cuando seas grande, nos toca hacer de esta patria que nos dejó San Martín una patria justa, libre y soberana.

21 de agosto de 1981

EL BARQUITO DE PAPEL

¿Te acordás que cuando llovía mucho y el agua pasaba frente a casa como un río vos le pediste a tu mamá que te haga un barquito de papel?

Saliste a la lluvia con tu barco y lo echaste al agua; dio dos saltitos y a toda vela fue aguas abajo por la pendiente.

Cuando veloz bajaba en la correntada, le gritaste: “Barquito, barquito, si le ves a mi papi Ani decile que lo quiero mucho”. El barquito dio otro saltito y se fue; vos te quedaste mirando hasta que se perdió allá abajo.

Yo entonces estaba en Resistencia.

En mis sueños pude ver el barquito, lo vi bien como en el agujero de la esquina dio tres saltitos y se metió por él. En ese arroyo subterráneo, ligerito, ligerito, más ligero, a toda vela navegó hasta el río. Llegó al río Paraná.

Por el Paraná partió rumbo a Resistencia, en el camino se encontró con una canoa, dio una gran vuelta por no chocar y ¡pip, pip! le saludó haciendo sonar su silbato. Ligero, ligero, ¡más ligero!, hasta el medio del río rumbo a Resistencia. Navegaba río

abajo cuando más allá apareció un grandísimo barco, ¡qué susto!

¡Qué enorme barco! Como un Ferry, barquito se asustó y quiso huir, no sabía cómo, hasta que vio la isla perdida y se escondió detrás, ya a salvo, ¡pip, pip!, intentó un saludo. ¡Päa!, ¡päa!, contestó el enorme barco desde su bocinaza.

Barquito siguió su camino chiquito en el inmenso padre de los ríos. Cuando pasaba frente a un puerto, ¡pip, pip!, saludaba.

Habían pasado muchos atardeceres y se sentía muy cansado cuando por fin divisó el enorme puente que le indicaba que faltaba poco.

Qué hermoso puente, parecía una enorme ola de cemento que daba tres saltos y pasaba de un lado al otro del río. Barquito aprovechó para descansar mirando cómo pasaban los autos allá arriba, en un sentido y en otro.

Una mariposa le indicó cómo llegar hasta donde estaba el padre de Ernesto, lo guió hasta un hilito de agua y luego lo alzó en sus alas y lo llevó hasta donde estaba yo.

Yo seguía dormido y la mariposa se metió entre las rejas de mi ventana trayendo un barquito.

—Papi Ani, papi Ani, decía suavemente el barquito para no despertarme, yo soy el barquito de papel de Ernesto que vengo para decirte que él te quiere mucho.

La alegría me llenó los ojos de lágrimas y desperté, el barco ya no estaba.

Me levanté, fabriqué también yo mi barco de papel y escribí en él “yo también te quiero mucho hijo mío”, y un día cuando salga te lo llevaré.

La Plata, 15 de agosto de 1981

EL FANTASMITA

En realidad no era un fantasmita sino un duende chiquito que se llama Pora-í, ¿recordás que te conté sobre el Jasy Jateré? Este anda de día durante la siesta cuando hay mucho sol. Los Pora en cambio andan de noche.

Esta vez sucedió así:

El Pora-í vivía en una casa; cuando todos dormían, él se quería levantar y pasear, irse al baño. El duendecillo era pequeño, con un pijama blanco y un bonete azul.

Cuando se levantaba sucedía un problema, todo a oscuras y él chocaba con las puertas y tropezaba con las sillas. Si prendía la luz, todos se despertaban y él tenía que correr a esconderse debajo de las sábanas donde nadie lo encontraba, ¡qué problema! El duende no sabía qué hacer para no despertar a las personas de la casa. Pensaba y pensaba, hasta que tuvo una idea: "Voy a conseguirme una linda linternita", dijo; revisó todos los cajones de la casa y no había, "¡pucha!". Después me parece que la mamá le compró una o la encontró en el fondo de un ropero.

El Pora-í ya tenía su linternita, esa noche se despertó, se puso su bonete azul que estaba caído y salió a recorrer la casa sin hacer ruido, porque los gnomos no hacen ruido mientras caminan.

Andaba él recorriendo las piezas con sus pantuflitas de lana, se subió al modular y se metió al amplificador del tocadiscos para ver lo que tenía adentro, alumbró por todos lados y no entendió nada de tantos cables y lucecitas.

Cuando bajaba se tropezó con los discos y cayeron todos, rodaron por el piso haciendo un tremendo barullo. Pora-í se escondió detrás del parlante para que nadie lo vea, cuando vino el perro ladrando y lo vio; él le dijo que se calle porque era su amigo. Como nadie lo había escuchado, Pora-í siguió su paseo. Se metió en la heladera y qué contento se puso cuando encontró dos huevos duros, cloc, cloc, cloc, los comió.

Detrás de la heladera dos ojitos brillaron cuando los alumbró con su linternita, ¡qué susto se dio!, pero sólo era una ratita que salió rajando: “¡Eh!, ¿a dónde vas?”, preguntó el duendecillo.

—Me asustaste mucho, Pora —dijo la ratita.

—No, ven, ven. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Ratón Pérez —le contestó la ratita y Pora-í le convidó con un pedacito de huevo duro y otro de queso. Ratón Pérez se fue por los techos y Pora-í se fue al baño. Con una brocha se enjabonó la cara jugando a afeitarse y justo en ese momento se prendieron las luces de la casa. ¡Qué susto! “¿Qué hago?”. Ligerito, ligerito, Pora-í pegó dos saltos y se escondió detrás del inodoro, chiquitito, chiquitito, más chiquitito, en eso entró la mamá de la casa: “¿Y ese bonete azul que está en el baño, de quién será?”, dijo la señora que había encontrado el bonete que se le había caído a Pora-í cuando dio

dos saltos para esconderse. “Qué extraño”, decía la señora, y Pora-í “¡ji, ji, ji!”, no aguantaba la risa, chiquitito, chiquitito, detrás del inodoro.

Pasó un rato y todos fueron a dormir otra vez y Pora-í salió de su escondite a buscar su bonete, despacito, despacito, en el ropero no estaba, en el cajón de la cómoda tampoco, entonces en la mesita de luz lo había guardado la señora, qué difícil sacarlo de allí, no importa, despacito, despacito con la linternita apagada abrió la puerta de la mesita de luz, se metió adentro, cerró la puerta y con su linternita alumbró por todos lados, no estaba; en el cajón tal vez; despacito, despacito, más despacito, sin ningún ruidito abrió el cajón, ¡ah!, encontró dos chokolatines y tres caramelos de leche, ¡ah!, cloc, cloc, cloc, los comió; allí estaba su bonete, lo tomó, llevó otro chokolatín y salió alumbrando con su linternita.

La señora despertó. “¿Y esa lucecita?”, preguntó, “camina, debe ser una luciérnaga”, dijo, y Pora-í “¡ji, ji, ji!”, porque ella no lo veía.

Ya era muy tarde; se acordó Pora-í y se fue a dormir, se metió debajo de las sábanas donde nadie lo encuentra, “¡ji, ji, ji”, se reía porque casi perdió su bonete azul.

Luego sucedió que se aburrió de levantarse a cualquier hora porque tenía mucho sueño y entonces dormía toda la noche de un tirón. Solamente antes de acostarse y cuando no había luna salía con su linternita a recorrer el jardín del fondo para saludar a las flores. Él las conocía a todas por su nombre, una se llamaba margarita, la otra clavel, otra gladiolo, aquella azucena, una planta de hermosas hojas que no tenía flor se llamaba croto, otra de flores violetas se llamaba teresita; y cuando veía que estaban con sed, las regaba con agua fresca. Pora-í,

a veces, también tenía miedo, él no sabía por qué tenía miedo por las noches; eso era antes de tener su linternita. ¿Sabés cómo le pasó? Se había despertado una noche, estaba asustado, de pronto escuchó un canto lejano, hermoso canto; al principio no supo quién cantaba, hasta que volvió a escuchar un canto largo y alegre traído por el viento. Ahí se dio cuenta de que era el canto de un gallo y a Pora-í se le pasó el miedo. El canto del gallo espantaba a los fantasmas y hacía huir a Añá (el maligno). Pora-í quedó contento, podía dormir tranquilo toda la noche porque el gallo lo cuidaría.

Cuando tuvo su linternita salió a buscar a su amigo el Gallo, al atardecer; entró al gallinero de un vecino a buscar al Gallo y cuando encontró un enorme gallo blanco le dijo: "Canta para mí, gallo blanco". El gallo cantó, pero no era este el suyo. Se fue a otro gallinero: "Canta para mí", le dijo al gallo negro. Tampoco era este. Así fue buscando por los gallineros de la vecindad, todos cantaban para él, pero ninguno cantaba tan bien como el suyo. Volvió a su casa triste porque creyó que su gallo guardián se había ido, o tal vez se había muerto.

Esa noche tenía ganas de llorar, se metió debajo de sus sábanas donde nadie lo pudiera encontrar y cuando estaba por llorar escuchó: "Kiki - Kikirí - í". ¡Qué alegría! Dio un salto y con su linternita salió a buscarlo, esperó un ratito y cuando volvió a cantar se orientó por el canto y se fue hacia el lugar de donde venía.

De pronto lo vio cabeza al aire, colas abiertas, parado sobre la flecha, allá altísimo sobre una casa. Pora-í buscó una escalera y subió al techo, el gallo lo vio venir con su linternita.

¿Quién eres, musical niño mío, que con esa linternita parecés una luciérnaga? -dijo don Gallo.

Yo soy Pora-í, vengo a saludarte porque me gusta tu canto y cuando te escucho cantar duermo tranquilo y contento.

Yo soy el hacedor de los vientos –dijo el Gallo–, cuando Tupá baja disfrazado de viento norte yo lo saludo con mi canto.

Ahora Pora-í ya no tiene miedo y duerme toda la noche.

Una de esas noches de tormenta, Pora-í se despertó pensando en el gallito, cómo estaría en medio de tanto viento. Al otro día temprano lo fue a ver, Gallo estaba caído a un lado y Pora-í se asustó y subió a verlo, no pasaba nada, arregló su flecha y su pata, y Gallo reía contento. Ahora ya eran muy buenos amigos y Gallo seguía de hacedor de los vientos y guardián de la noche para que Pora-í durmiera muy bien.

21 de septiembre de 1981

MOCONÁ

El río Uruguay se desliza por la parte alta de una barranca y se derrama a lo largo de una hermosa cascada llamada Moconá.

Cuentan los indios tupíes que cierta vez iba una bella paisana por el monte buscando una Flor de Aire, de pronto se topó con un yagareté. Intentó correr pero el miedo la había paralizado. Saltaba el yagareté para atacarla cuando fue atravesado por una lanza.

Lejana, en medio de su susto, la bella mujer escuchó una voz que le preguntaba en su propia lengua cuál era su nombre. Frente a ella de pie estaba un tupí; la chica lloraba el llanto inocente de su miedo.

Ella se llamaba Yateí, que quiere decir miel, y él Cabureí, el mismo al que Tupá había dado el don del hechizo.

Sin saber ni entender la enemistad de sus respectivas tribus, los jóvenes se enamoraron y decidieron vivir juntos, habían recibido la señal de Tupá cuando dice: "He aquí tu pareja".

Cabureí envió a su hermano como mensajero con el fin de lograr autorización de los padres de

ella. Como eran tribus enemigas, el padre les negó y mató a su hermano.

Los dos jóvenes decidieron huir y fueron perseguidos, cuando cruzaban el barranco Cabureí perdió pie y cayó al vacío y la vida se le fue yendo hilo a hilo por la sangre que teñía el agua de rojo, como después de las grandes lluvias. Mucho tiempo permaneció de rojo el río para que todos supieran de la muerte, el cacique padre contemplaba el silencio de la muerte pensando en que era mucho el precio de la libertad.

Yateí se echó sobre el barranco y lloró, lloró hasta que las últimas lágrimas derramaron espumas sobre las piedras y ella también se fue yendo en cascadas. Había llorado tanto que sus lágrimas lo llenaban todo. Entonces Tupá los convirtió en los Saltos del Moconá y desde aquella época los dos enamorados viven en los saltos. A veces son agua, a veces espuma y muchas otras, barrancos. Tuvieron muchos hijos que fueron peces, que fueron viento, que fueron caracoles.

Cuando Tupá baja vestido de viento norte se sienta en esos saltos para cargarse de agua mientras conversa con el Moconá en su lengua de espuma y cascada, el idioma del Yguazú. Luego saldrá a regar la selva de calor y de lluvia.

La Plata, 14 de noviembre de 1981

EL VIENTO

¿Recordás que te conté que el viento sur ayuda al frío y el viento norte a la lluvia? ¿Recordás?... Pero todavía no te conté dónde queda el viento cuando no sopla.

A mí me dijeron los pájaros que se mete en el corazón de una manzana, o el de una naranja y se acuesta a dormir.

A veces cuando ya está cansado de soplar se mete en la primera fruta que encuentra.

Los vientos que soplan altísimos y mueven las nubes, esos son amigos de las gaviotas y las golondrinas.

Cuando las golondrinas viajan lejos, ellos las acompañan. Los vientos suaves conversan con las rosas y juegan con sus pétalos, a otros les gusta jugar con los claveles.

El viento Sur y el viejito Invierno son muy amigos. ¡A veces quedan horas conversando sentados en una nube!

¿Vos sabés cómo juegan ellos? El viento hamaca las plantas y los árboles y el frío los cubre de niebla. Lo que más le gusta al viento Sur es cuando el In-

vierno toma una nube y se la envuelve en el cuello como una bufanda.

Al viejito Invierno, en cambio, le gusta cómo baila el viento. ¿Sabés cómo lo hace?...

Da vueltas ligero, ligero... más ligero, formando un remolino. Tan ligero gira que levanta tierra, papeles y ramitas que también bailan.

El viento es muy cuidadoso, recorre todos los árboles de todos los montes; revisa nido por nido las casitas de los pájaros. Cuando encuentra un nido sucio o mojado sopla suavemente, lo limpia y lo seca, y se va a otro lado.

Otro juego que al viento le gusta muchísimo es meterse por los caños y las tacuaras y silbar. Cuando el viento sale de la manzana y pasa por una flauta para hacerse música, eso le encanta. A veces, cuando el Invierno pasa días en los tucuarales de la selva de Quiroga, se pasa escuchando cómo el viento juega con las cañas y baila y canta. Un día vamos a ir a escuchar cómo canta entre los pinos.

Así es el viento; es lindo verlo hamacarse en la rama de un árbol. Por eso yo te contaba la otra vez que si le decís a un trompo en el oído, cuando baila, algún mensaje para mí y le soplás, ese mensaje se trepa en las alas del viento y viene hasta acá. Fijate que el trompo cuando baila hace un vientequito suave y canta.

A veces el viento se enoja y ¡vaya uno a atajarlo! Pasa fuerte, ¡más fuerte!, arranca techos de casas, rompe ramas de árboles o los tumba. Ese viento es una tormenta, cuando viene más enojado todavía, se llama ciclón y ese sí no deja nada en pie y hace mucho daño. A ese las personas le tenemos miedo.

Yo creo que en los días de lluvia el viejito Invierno, el viento Sur y el viento Norte, se juntan por

encima de las nubes; allá altísimo beben vino y se emborrachan. Bailan y conversan y se ríen a carcajadas, por ahí se caen y hacen grandes ruidos que son los truenos. ¡Ah! Casi me olvidaba de contarte que cuando el viento está enojado y sopla fuerte para tumbar los árboles, primero se fija si el árbol no tiene un nido y si lo tiene no lo tumba, sólo los hamaca para evitar que al tumbarse se destruya el nido y mueran los pajaritos.

Tu mamá, antes, cuando era una niña y vivía con la abuela Ita, se asustó mucho por la tormenta. Resulta que ellos estaban en la casa con la mamá sola y de pronto vino la tormenta y llevó el techo; y llovía, llovía. El viento tronaba afuera y ellos temblaban de miedo. La abuela Ita los abrazó a todos, los apretó contra su pecho y así temblando de miedo esperaban que pase la tormenta. Ella no se dio cuenta cuando pasó porque se quedó dormida. Pedile que te cuente bien, vas a ver el susto que se dio por causa del viento.

Pero en Misiones el viento vive contento, por eso se enoja pocas veces.

¿Sabés dónde viven los vientos? Miguel me contó un día así: “Al sur del sur, al norte del norte, al este del este, al oeste del oeste, del centro al vértice del hielo”. Preguntale a tu mamá para dónde queda el norte, el sur, el este y el oeste, y el hielo, el hielo es un hermoso cristal”.

27 de noviembre de 1981

Sucedió así: Un obispo llamado Nicolás, que después fue San Nicolás Taumaturgo (el que hace prodigio, más que un prestidigitador, truco mágico, ilusión). El obispo vivía en Bari y quería festejar el día del nacimiento del niño Jesús –día de la Navidad–, pero el pueblo donde vivía era muy pobre; y los niños, más pobres todavía. Tan pobres eran que no tenían para comprar juguetes. Entonces Nicolás obispo tuvo una idea, preparó muchos regalos para que los niños de la villa pobre recibieran en el día de la Navidad. Esperó que en la Nochebuena todos fueran a dormir y entonces salió con su bolsa llena de regalitos. Uno para cada niño. Despacito, despacito, sin hacer ruido, dejó en una ventana una cosita, otro paquetito en la ventana de aquel. ¡Seis paquetitos!, allá donde eran seis hermanitos. Así, durante toda la noche fue dejando los paquetes y después volvió a dormir. Nadie había escuchado nada, nadie había visto nada. Al otro día se levantaron los niños pobres y, ¡oh, sorpresa!, encontraron cada cual su regalo. ¡Qué alegría! ¡Navidad! Y ese es el verdadero nacimiento del Niño Jesús, que

dentro de cada niño nazca la alegría, que ningún niño esté triste. ¿Quién dejó el regalo para los niños de Bari? ¡No sé! Nadie sabía, ¡apareció! El obispo no dijo nada. Cuando los niños le mostraban sus regalos, él decía: “¡Oh, qué hermoso juguete!”. “¿Quién dejó en mi ventana?”. “¡No sé!...”. El siguiente año, el obispo volvió a preparar su regalo y otra vez a dejar en las ventanas por la noche. ¿Quién? ¡No sé! Así lo fue haciendo hasta que, siendo muy viejito el obispo, se murió. Nadie supo, hasta después de su muerte, que era Nicolás Taumaturgo el que hacía esos regalos. Cuando lo supieron quisieron más a Nicolás Taumaturgo, el que hacía esos regalos. Cuando lo supieron, quisieron más a Nicolás obispo y se hizo famoso en las iglesias orientales, principalmente en Constantinopla. Ahora se presenta a Papá Noel vestido de rojo y bonete y barba blanca, pero antes era un humilde y generoso peregrino, como Juancito caminador, que te conté una vez. Por eso hasta ahora se hace el regalo de Nochebuena para que en Navidad nazca la alegría en cada niño. ¿Me entendés?

19 de diciembre de 1981

¿Qué son las galaxias? ¿Cómo son los astros, los planetas y los espacios?, me preguntaste un día desde tu voz de niño.

¡Qué difícil es responderte! Te diré lo que me respondieron los sabios. Para tus cinco años será muy complicado.

La imaginación y el estudio son la base de la sabiduría y la pregunta permanente hace del hombre, hombre. Él y sus instrumentos recorren el espacio hasta lejanas galaxias buscando una respuesta.

Al principio, hace miles de millones de años, eso quiere decir hace muchísimo, parece que todo era una sola cosa; y también, como los chicos cuando están juntos hacen un tremendo alboroto, así sucedió una gran explosión. Hace miles de millones de años.

¡Plum!, partidos en millones de partes cada cual se hizo viajero del espacio: “en cada poro de su piel de jícara lustrosa –dice Asturias– había un horizonte y se llamó chorro de horizonte desde que lo trajo Cristalino Brazo de la Servatana”. ¿Recordás que te lo conté?

Todavía no eran ni planetas, ni soles, ni estrella, ni mundos, ni nada. Mientras viajaba, un viajero tuvo una idea: "¿Por qué no jugamos?", dijo. "¡Dale!". Se juntaron, una, dos... millones de estrellas y comenzaron a bailar, a girar como trompos y soplaban y el viento llevaba los mensajes a otras estrellas.

Tupá, vestido de viento norte, tocaba la flauta para que bailasen. Como a todos les gustó, se juntaron más y más, para formar la primera, enorme, grandísima Galaxia. Las demás la copiaron y brotaron en el universo como flores de jardín, son miles de millones de flores.

El dibujo, como un trompo de espiral, es la galaxia más próxima a la Tierra y se llama Andrómeda. El trompo un poco más chico que está debajo es nuestra galaxia, donde están el Sol y la Tierra, que se llama Vía Láctea. Vos creerás que son chicas pero son tan grandísimas que uno no se puede ni imaginar. Lo más lindo, ¿sabés qué es? Que el Sol mismo es otro trompo que baila y canta con su Sistema Solar (yo te hice otro dibujo porque en medio de la galaxia no se ve).

II

¿Sabés por qué se llama Sistema Solar? Porque antes la Tierra, que lo quería todo para ella, dijo: "Todos giran alrededor mío, yo soy el centro del sistema". "No", dijeron los otros planetas, y la Tierra quiso llorar de rabia pero cantó. Yo no sé por qué la Tierra quería que todos giraran alrededor suyo, eso no está bien. ¿Verdad? El Sol, que era el más grande, terció: "Para evitar problemas, yo seré el centro del trompo que formaremos. Todos listos. Formen fila", gritó, y al principio la Tierra quiso

protestar, pero enseguida se dio cuenta de que le gustaba el juego. "Voy a tomar lista y cuando los nombro dicen: '¡Presente!'", siguió diciendo el Sol y tomó lista de menor a mayor. "¡Mercurio!". "¡Presente!". "¡Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno!". "¡Presentes!". Todos presentes. "¡Eh, señor Sol, a mí no me nombró!", dijo Plutón que recién llegaba. "¡A ver! De nuevo: ¡Mercurio!". "¡Presente!". "¡Venus!". "¡Presente!". "¡Tierra, Marte, Júpiter (qué enorme planeta), Saturno, Urano, Neptuno y Plutón!". "¡Presente!". ¡Todos presentes! ¡A bailar! Mientras, recitaban los versos de Gabriela Mistral: "¡Haremos la ronda infinita! ¡La iremos al bosque a trenzar/ la haremos al pie de los montes/ y en todas las playas del mar". ¡Verás vos, hijo mío, cómo bailan alrededor del Sol! Cada cual en su caminito de luz. ¡Ah!, y la pareja de baile de cada planeta son las lunas, pandorgas del mundo, espejo del Sol. El Sol espía por encima del mundo y las lunas brillan radiantes con sus montañas y sus mares.

Me faltaría contarte de las constelaciones de las estrellas. Son hermosas porque juntas dibujan una Osa Mayor, Osa Menor o un cisne. Las que vos habrás visto son las Tres Marías, la Cruz del Sur y las Siete Cabrillas. ¿Conocés las Siete Cabrillas? Porque yo creo que así como hay pastor de nubes, también debe haber pastor de estrellas. Todo esto te cuento en la próxima carta. ¿Querés?

25 de diciembre de 1981

LEYENDA DEL VOLCÁN

¡Rumble! ¡Rumble! ¡Plan! ¡Plan! Los tambores marcaban el ritmo del baile, todos bailaban, mañana, tarde y noche.

El gran padre Volcán está enojado, la Tierra tiembla, bailan. ¡Rumble, rumble, plam, plam!, para calmar su furor.

De pronto aparece el mensajero, salido no sé de dónde.

¡Rápido! ¡Rápido! Los españoles nos atacan.

Mil acá, cien mil allá, treinta mil acullá, todos pintados para la guerra.

¡Rumble! ¡Plam! ¡Plam!

“¡Hay que esconder los tesoros del templo!”.

Todos a las canoas, una escolta, los más rápidos remeros. ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! Los remos, río arriba, corriente arriba para esconder los tesoros en las entrañas de las montañas. ¡Cuidado! Los españoles los ven, los persiguen con sus caballos veloces.

¡Cuidado! Combaten defendiendo el tesoro. Pero no pueden.

Los españoles vencen, se apoderan del tesoro.

¡Victoria!

¡Silencio!

Muchos indios muertos.

¡Silencio!

¡Entonces se escuchó! Un trueno. ¡Broom! Otro trueno. ¡Pluff!

Y se nubló el cielo con una nube de ceniza, fuego y lava.

Habló el volcán con su voz de trueno y lanzó su lava de fuego y piedra que cayó sobre los españoles y los sepultó con su tesoro en el fondo del lago. Allá en el fondo del lago quedó sepultado el tesoro del templo. ¡Para siempre!

22 de enero de 1982

LEYENDA DEL PEHUÉN

El Pehuén es un árbol cordillerano que parece un caminante que va subiendo la ladera. La historia sucedió así: Ese año hubo mucha sequía en esa zona, la lluvia había ido a visitar otros lugares y tardaba en volver. Los ríos se fueron achicando en sus cauces, los arroyos iban muriendo y secándose. La lluvia no venía. Un indio que vivía con su mamá salió de su ruca, así ellos le llamaban a su casa, para ir en busca de alimento y agua. Antes de perderse a lo lejos, levantó su mano y saludó a su madre y se fue. Iba subiendo la ladera de la cordillera cuando se encontró con Pehuén. “¡Oh, querido árbol –dijo el indio–, qué solo estás!”. Y el pobre Pehuén en medio del sol resistía la sed y el calor, le quedaban pocas fuerzas ya. ¡Y la lluvia no venía! El indio se sentó a su sombra y sacó su cantimplora, bebió un trago de agua y el último resto que quedaba le ofreció a Pehuén. Buscó la raíz más reseca y le dio de beber. Poca agua, pero qué feliz se sintió Pehuén. “No tengo nada más para darte –le dijo otra vez el indio–, qué solo estás”. Y el pobre Pehuén en medio del sol resistía la sed y el calor, le quedaban pocas fuerzas ya. ¡Y la lluvia no

venía! El indio se sentó a su sombra y sacó su cantimplora, bebió un trago de agua y el último resto que quedaba le ofreció a Pehuén. Buscó la raíz más reseca y le dio de beber. Poca agua, pero qué feliz se sintió Pehuén. “No tengo nada más para darte –le dijo otra vez el indio–. Te regalo mis zapatos, así un día Tupá te da permiso para ir en busca de agua, te los ponés y te vas caminando. Chau, amigo mío”, dijo el indio y siguió su camino.

A pocos pasos se encontró con una tribu de indios y creyendo que eran indios amigos, porque siendo muy joven todavía había cosas que el indio no sabía, se acercó. Los otros indios, al principio, lo recibieron muy amables para desorientarlo pero, como pertenecían a tribus enemigas, después lo tomaron prisionero, le castigaron mucho y lo dejaron atado a una piedra para que el feroz tigre venga y le coma. El sol pegaba fuerte, caliente, caliente, caliente. El indio sentía morirse de sed, miró a lo lejos y vio a Pehuén. “Pehuén, Pehuén –llamó el indio–, vení que me muero”. El viento llevó su voz hasta Pehuén. El árbol se acordó de su amigo que le regaló el zapato y le dio un poco de agua. Haciendo un gran esfuerzo, sacó sus raíces de la tierra y caminó, subió por la ladera hasta donde su amigo que lo llamaba. Se acercó, le acarició con sus ramas y lo cubrió con su sombra. Tupá se apiadó de ellos, llamó a una nube que se llamaba Vidalitá y le dijo: “Ve y llueve abundantemente sobre Pehuén y el indio para que no se mueran de sed”.

Llovió, llovió, Pehuén alzó la cantimplora, la llenó de lluvia y dio de beber al indio que recobró sus fuerzas pero seguía atado a la piedra.

La madre del indio, al ver que su hijo no regresaba, se preocupó mucho y salió a buscarlo por la montaña hasta que lo encontró protegido por la

sombra de Pehuén. Lo desató, curó sus heridas y regresaron. Después, para no dejarlo tan solo a Pehuén en ese lugar fabricaron su ruca cerquita. Y esa es la historia de Pehuén.

4 de febrero de 1982

Dicen que cuando el sol llega al centro del cielo en la hora de la siesta se asoma justo en el centro de la selva de Quiroga; y el Jasy Jateré abre su puerta secreta para salir a dar su paseo diario.

El pequeño duende guaraní es amigo de los animales, de los árboles, de las flores, del clavel del aire y del “loro pelado”.

Jasy Jateré sale por los yerbales, los montes y las capueras y se asoma en los poblados para escuchar música en las radios de los pobres.

Grande es su alegría cuando escucha Pájaro Campana. Algunos perros lo temen, otros son sus amigos y otros lo atacan, mientras él se defiende con su bastón de rama de lapacho.

Cuando don Manuel Ortiz tomó su guitarra y fue a vivir al monte, cuentan los lugareños que Jasy Jateré lo siguió, se hizo su amigo. Conseguía para el guitarrero las más dulces mieles del monte, las más ricas frutas; en agradecimiento, don Manuel tocaba para él Pájaro Campana.

Tin tan sonaban las cuerdas y los pájaros se detenían a escuchar, se detenían las mariposas. ¡Don

Manuel Ortiz está tocando su guitarra! El sol-Kuarahy también se detenía, él también tocaba su Pájaro Campana de luces de colores, de arco iris. Tilín-amarillo, talán-verde. Tilín-azul, talán-violeta.

Muchas veces el Jasy Jateré recorría los poblados para traer noticias y volvía contando grandes historias y todas las polcas que había escuchado en las radios de los pobres.

Ganas tenía don Manuel de escuchar la radio, pero pedirle, ¿a quién?, si los pobres apenas tenían uno. La gente se enteró, siempre se enteró la gente, y dejaron una radio a la orilla del monte con una carta que decía: "Para don Manuel, de este pueblo que lo recuerda y lo quiere mucho".

Cuando Jasy Jateré llegó contento con la sorpresa, pasaron toda la tarde escuchando polca. Por la noche, cuando salió la luna, Manuel tocó su guitarra, la tocó dulcemente para todo el pueblo de Itapé –pueblo de las piedras chatas, así se llamaba el pueblo. Tupá bajó vestido de viento norte y extendió la melodía por todo el ancho de la tierra.

La Plata, 21 de febrero de 1982

¿Cómo estás vos, niño mío, y tus perros y tus pájaros? Vos sabés que ya no recuerdo si tus pájaros son zorzales o cardenales.

Hablando de animalitos de la selva de Quiroga, ¿vos sabías que a la ciudad la llaman selva de cemento? La llaman así porque se imaginan que las casas altísimas hechas de cemento son inmensos árboles, a ustedes los niños les toca ponerles nombre a esos árboles de cemento. Las avenidas anchas son ríos, las angostas son arroyos y las escaleras del anfiteatro son las cataratas que allá abajo terminan en el río Paraná y el Paraná termina en una canción. Por eso vas a ver que la ciudad también tiene animales de cemento como el viejo león de la avenida Corrientes. ¿Lo recordás? Viejo león que siempre sueña con vestir ropaje de pelos, terciopelo de león con melenas de oro.

Resulta que un niño vivía en esa ciudad de cemento, en una casa que parecía nido en un enorme árbol de cemento también. Allá arriba vivía, lejos de la tierra y el barro, lejos del pasto y del jardín. Parecía un pajarito que no podía salir a volar por-

que llovía y llovía, y cuando llueve los pájaros no saben volar. Así vivía el niño en su nido de cemento y tenía un chanchito, tragador de monedas, con su panza de alcancía y su camiseta de Boca.

Un día papá, mamá y niño salieron de compras tempranito, cuando el chanchito se despertó ellos ya no estaban. ¡Qué alegría! Podía vagar libremente. Dio cuatro saltos, tres brincos haciendo tintinear las monedas de su panza y ya estuvo en el suelo, corrió al dormitorio, saltó a la ventana, se metió a la pileta y se mojó hasta el sombrero. Dio dos brincos, tres corridas y entró al comedor y encontró a la chica que cuida a su dueño —el niño— que estaba planchando. ¡Saltó a la mesa! ¡Qué susto! Se metió en el bolsillo de la chica y le tragó cinco monedas para guardarlas en su panza, porque él sabía que cuando tenía su panza llena el niño iba a comprar su álbum de figuritas. Salió del bolsillo rajando, contento de su travesura, dio otro salto y ya estuvo en el jardín. Olió todas las flores y las hojas, se metió en un charco de barro que había por ahí y, ¡oh, alegría!, embarrado de pies a cabeza. ¡Por fin! Cuando vio pasar una nube le pidió que lo llevara a dar una vuelta; y dos saltos, tres volteretas después, ya estaba trepado en la nube.

Recorrieron la ciudad de cemento: “Aquel árbol es un enorme mango”, le dijo la nube mostrándole el edificio del correo. “Aquel altísimo es un pino”, le dijo mostrándole el hotel Continental. Por fin el chanchito conocía la ciudad. “¿Y las casas chicas qué son?”, preguntó a la nube. “Algunas son pastos, otras son flores”, contestó esta. “¿Y los niños?”. “Algunos son ardillas, otros conejos, también hormigas”. “¿Y aquellos de guardapolvos blancos que salen de la escuela?”. “Esos niños van vestidos de palomas”. Así charlaban el chanchito y la nube. “¿Y

los autos?". "Los autos son cascarudos, los colectivos gusanos, los trenes boas, los barcos ballenas". ¡Qué asombrado estaba chanchito! Ya era hora de regresar. La nube lo dejó en el jardín y siguió su ronda. ¡Qué cansado estaba chanchito! Él no estaba acostumbrado a tanto trajín. Sin darse cuenta que él todavía seguía embarrado de pies a cabeza, al pasar por el dormitorio y ver la cama tendida y limpia tuvo ganas de acostarse a dormir. ¡Uh! ¡Qué chanchada! La cama quedó encastrada de barro. Chanchito quedó profundamente dormido. Papá, mamá y niño regresaron. "¿Dónde está el chanchito?". "¡No sé!". Hasta que entraron al dormitorio y lo encontraron profundamente dormido en su sueño de alcancía con su panza de moneda, su camiseta de Boca y embarrado de pies a cabeza. Lo bañaron, le pusieron un moño azul y ¡a dormir! en su nido de madera hasta que vuelva a despertar de su sueño de alcancía y salga a pasear por la selva de cemento en donde las bicicletas son alguaciles y el barrilete picaflor.

La Plata, febrero de 1982

CONTANDO A ARGUEDAS

Allá en Maranganí, de una ciudad del Cuzco que está más allá de la selva de Quiroga, allá vivía una chica llamada Carmen Taripha, que limpiaba la iglesia del barrio y pasaba horas contándole cuentos al padre de la iglesia. ¡Carmen era genial contando!

La criada le contaba al cura cuentos de zorros, osos, culebras, lagartos. Lo contaba moviendo la cabeza, cuerpo y manos. Así me lo contó un día un escritor llamado Arguedas.

Carmen movía los brazos como culebras, rugía como leones y veloz se arrastraba en la hojarasca, lo contaba tan bien que la iglesia se llenaba de animales y se movían desde su cuerpo y en los brazos de ella.

Cuando terminaba de contar, la iglesia volvía a ser iglesia, la vela prendida dejaba de ser sol y Carmen Taripha seguía limpiando el templo.

La Plata, 24 de marzo de 1982

VIENTO NORTE

Cuando Tupá baja vestido de viento norte, sopla y sopla, el calor abraza la tierra con su brazo de dios y su fuerza de norte. Se adormecen los árboles y los pájaros, transpiran las piedras y la tierra, y el viento norte sopla que te sopla.

Transpirada la tierra, escapándose por los poros de su piel vendrá la lluvia, detrás del viento fresco arrastrando el olor característico de la tierra mojada.

Retrocede el viento norte y va dejando la lluvia; a veces mansa, otras veces violenta, bañando hoja por hoja cada árbol. Despiertan los pájaros, reviven las flores y Tupá se despoja de su ropaje de viento norte para ir a descansar.

Dicen que el poeta Pablo Neruda, cuando lo miraba un día, escribió aquellos versos donde dice que la lluvia mansa son finas agujas de agua, verdes, que caen de las nubes.

3 de marzo de 1982

LA CRUZ DEL SUR

Casi me olvidaba de contarte que en el cielo rectangular de mi ventana de preso asomó la Cruz del Sur. Me parece que venía recorriendo ventana por ventana buscándome y he aquí que me encontró, hará cosa de una semana, desde que comenzaron tus clases más o menos, que asomó sus estrellas la Cruz del Sur, marcando en cada punta el este del este, el oeste del oeste, el norte del norte y el sur del sur. “¡Hola Cruz del Sur!”, le dije. Y brilló nomás: “Por fin me has encontrado”.

Allá arriba en mi cielo lo estoy viendo ahora. Yo la miro y sé hacia dónde están ustedes. Entonces yo hago bailar mi trompo imaginario, mi zambailú de sueños y soplo fuerte hablándole al oído y el viento lleva en sus alas mi mensaje de amor y un gran beso.

Cuando vos mires la Cruz del Sur, la punta de abajo te estará indicando hacia dónde queda La Plata para que mandes una canción. (¡Dale!). Hoy no hay luna, porque ahora anda de día, pues se quedó a charlar en las barrancas del Yguazú esperándole a su hermano el sol, ¿te acordás de sus nombres? Jasy, la luna; Kuarahy, el sol.

20 de marzo de 1982

Resulta que había cuatro nenes que iban al jardín y se llamaban Sebastián, Javier, Fernando y Ernesto, como ustedes. Como el sábado no iban a la escuela, ellos les pidieron permiso a las mamás para que los dejaran ir a pasear.

Javier, que era el más grande, dijo: "Tengo una idea, subamos al techo y llamemos a nuestro amiguito el guarda de las nubes y que nos lleve a pasear". Subieron al techo y como Sebastián era el más alto gritó: "¡Alejandro, Alejandro, vení a llevarnos a pasear!". Alejandro escuchó que lo llamaban, montó en una nube y vino volando. "Llevanos a pasear", le pidió Fernando. Juntaron varias nubes, ataron una detrás de otra y fabricaron un hermoso trencito blanco. Ernesto fue el primero que subió y fue el guía, y remolcados por las nubes de Alejandro salieron volando por el cielo en su trencito de nubes. Cuando se encontraban con los pájaros, todos gritaban "¡Chau pájaros!", y los pájaros movían las colas contestando.

Pasaron por el medio de una gran nube y no se dieron cuenta que estaba cargada de lluvia y se mojaron todos.

Volvieron muy contentos a sus casas. Ernesto le contó a su mamá cómo él los salvó de que chocaran con un avión. Fernando, contó cómo hicieron agua para tomar estrujando una nube.

Fue un viaje divertido.

LA PATRIA

Este mes de mayo es el mes de llevar en el pecho una escarapela, de saludar con una banderita. ¿Sabés por qué? Porque nuestra patria argentina está de cumpleaños.

La Patria es como una gran madre que nos acuna, que nos abarca y nos dice que somos argentinos, que nos enseña leyendas, nos protege a niños, jóvenes y viejos, desde los hombres a las mujeres, de los pájaros a las flores y las mariposas. Eso nos compromete a amarla y protegerla también.

GUAJAIBÍ
(RECORDANDO LA SELVA QUE FUE)

Ahora yo quería contarte cómo fue que un árbol un día se creyó que era un cielo, de noche estrellada, como esa noche en que tu mamá me escribía.

Era cuando el árbol de Guajaibí se creyó cielo. Primero fue semilla, la semilla se hizo árbol y se llenó de nidos, tuvo flores y frutos. Los niños de la Selva de Quiroga ocuparon sus ramas en los trompos que fabricaban para ellos sus padres. ¡Vieras vos! Trompos bailarines y cantores. Algunos trompos de guajaibí se concentraban tanto en sus bailes que parecían dormidos sobre sus púas, sólo se sabía de su baile porque cantaban en sus sueños la canción de los trompos.

Pero esta es la historia del Guajaibí que se creyó cielo y no de trompos. Fue un día en que oscurecía en la Selva de Quiroga y entre los árboles de la Selva la oscuridad suele ser más intensa, más cerrada.

Ya todas las aves volvían a sus nidos para dormir, los animales también regresaban. La Selva se fue quedando sola como todos los atardeceres. ¡De pronto miles de luciérnagas invadieron la oscuridad! Eran los moás que venían a comer el maíz choclo en los maizales de los habitantes de la sel-

va. Los niños, moviendo ramitas prendidas de fuego, las llamaban en su idioma guaraní: moá, moá, pejo ja u abatiky (vengan, comamos maíz choclo). Moá, moá... llegaba la canción a todos los rincones de la selva.

Nuestro árbol de Guajaibí ya estaba dormido a esa hora. Los moá llegaron hasta allí y se posaron en sus ramas. Miles y miles de moás en sus ramas. Bajaron a descansar antes de salir al claro en donde estaban los maizales. Moá, moá, pejo ja u abatiky, seguía repitiendo el viento en la voz de los niños... Moá, moá vengan a comer conmigo maíz choclo.

Guayaibí despertó, ¡oh, sorpresa!, ¡se había poblado de estrellas!, pensó, confundiendo las luciérnagas con estrellas. "De pronto quedé dormido y me desperté lleno de estrellas –dijo para sí el guayaibí–. Soy un cielo de estrellas".

Los moás, al escucharlo, se quedaron quietecitos para que guajaibí conservara su ilusión. Ni se movían esperando a que vuelva a quedarse dormido. Hasta que, sonriente, el árbol fue durmiéndose de a poco en su ilusión de cielo poblado de brillantes estrellas. Recién entonces los moás emprendieron vuelo en busca del maizal.

Al otro día guajaibí despertó y a todo el mundo le contó que esa noche él se había convertido en cielo, y no fue sueño porque estaba despierto. Por eso ese día se llamó: "día en que guajaibí se creyó cielo".

¿Te das cuenta mi hijo? A veces uno cree que es algo y a mí me parece que basta creerse para ser. Uno tiene una ilusión, por ejemplo: "truco mágico ilusión/canción, baraja y paloma/flor de trapo sin aroma/todo, menos la canción". Como dice Juancito Caminador. Entonces ese truco mágico, ilusión, ya tiene que ser verdad para nosotros.

Eso es lo hermoso que tienen los niños y sé que vos tenés ilusión de niño que espera mi regreso; y que me espera contento, yendo a la escuela, estudiando, jugando, haciendo fiaca en la cama cuando hace frío, “que todo en broma lo toma, todo menos la canción”.

2 de mayo de 1982

LEYENDA DEL SILENCIO
(RECITANDO A NICOLÁS GUILLÉN)

Resulta que una vez hubo un hombre valiente, muy valiente, que no tenía miedo a nada ni a nadie. Sucedió hace muchísimos años cuando Tupá recorría la superficie de la Tierra vestido de viento norte.

El hombre se llamaba Pacha y tenía esposa, a mí me parece –eso no dice la leyenda– que la esposa se llamaba Pachamama, que en el idioma quechua quiere decir: “la tierra, madre de la vida”.

Pacha, que tenía muchos hijos, al frente de sus compañeros defendía el poblado de las fieras, de otros hombres. Él era el primero en enfrentar el enojo del viento cuando bajaba vestido de tormenta-yvytú ñarö.

Todos respetaban al hombre valeroso y esto le causaba mucha envidia a Añá, el maligno, que como tal era maldito y siempre estaba pensando en la manera de hacer algún daño.

Así fue que un día Añá se disfrazó de culebra y decidió ponerse en el camino de Pacha para enfrentarlo.

Venía el hombre valeroso por el camino de regreso de las cacerías, y la culebra –que era Añá con

su ropaje de reptil– se paró en medio por la punta de su cola. Valiente él, Pacha apartó a quienes lo acompañaban y se preparó para atacarla.

Los árboles y los pájaros sabían que no era una culebra sino Añá, el dañino, y quisieron alertarlo. Se agitaron los árboles, temblaron las piedras y las aves. Los dos frente a frente se estudiaban.

¡Rugieron las cascadas! ¡Resplandecieron los truenos!

Los dos giraban frente a frente, Pacha con su lanza al aire, Añá culebra en punta de cola. ¡Temblaron los ríos! El viento se detuvo.

Con sus voces de aves, los pájaros querían alertarlo: “Sensemayá la culebra”, le cantaban pero Pacha todavía no había aprendido el idioma de los pájaros para comprenderlos.

“La culebra tiene sus ojos de vidrio/ la culebra viene y se enreda en un palo/con sus ojos de vidrio en un palo, con sus ojos de vidrio”, cantaban los pájaros asustados.

“¡Rugieron las cascadas! ¡Resplandecieron los truenos!”

“La culebra camina sin patas –seguían las aves en la lengua de Guillén–, la culebra se arrastra en la hierba caminando sin patas/ No le des con el pie que te muerde/ no le des con el pie que se va” –alertaban.

Pacha, valiente y decidido levantó su lanza dispuesto a atacar. “Si le das con el hacha se muere/ dale ya”. Alentaba toda la selva de Quiroga.

Cuando la culebra-Añá saltó, Pacha lo atravesó con su lanza. “Sensemayá la culebra/ se murió”. Cantaron los pájaros y antes de caer la culebra-Añá miró al hombre valeroso. Lo miró con sus ojos de vidrio, con sus ojos de Añá. Pacha lo reconoció de-

trás de esos ojos y se asustó, retrocedió dos pasos y sintió por primera vez el frío temblor del miedo.

“¡Callaron los clarines! ¡Callaron los tambores!”.

II

Pachá también calló, había retrocedido ante el miedo y guardó silencio. Sus hijos y su esposa quisieron hablar con él pero él guardó silencio. Así callado partió, se fue callado en busca de la montaña de guardar silencio allá en las cumbres de las cordilleras, en donde solo silban los vientos y vuelan los cóndores, donde las aguas de los deshielos tienen prohibido el susurro de las correderas.

La familia de Pacha lo siguió y vivieron allá muchos años. Siempre en silencio.

Pasaron los años, vinieron las lluvias que inundan los campos y las selvas. Después paró otra vez la lluvia, se secaron los campos. Hasta que un día se vio venir una golondrina que traía una rama florecida en su pico. ¡Era la señal! Eso significaba que allá en la selva de Quiroga había llegado la primavera y las plantas comenzaban a florecer.

Pacha decidió emprender el regreso, su familia lo siguió.

Ya de regreso en la selva de Quiroga, Pacha quiso hacer una casa y sus hijos lo ayudaron. Cuando estuvo terminada, el hombre decidió hablar y explicar a sus hijos la nueva vida que tendrían. Pero habían pasado tanto tiempo en silencio, ¡siglos!, que sus hijos habían olvidado el significado de las palabras y no lo comprendieron. Cada uno, solo entendía el lenguaje que había aprendido a hablar desde sus pensamientos. Entonces, al ver que por más esfuerzos que pusieran no lograban comprenderse, decidieron partir hacia distintas direcciones

a fundar otros pueblos. Solo quedaron Pacha y su esposa.

Los hijos fueron y poblaron otros pueblos y hablaron cada cual su propio idioma. El pueblo de Pacha habló el quechua, otro habló el guaraní, pueblo del cual descendemos, hijo mío. Otros fueron los huarpes de Cuyo, otros los mapuches del sur, los araucanos en Chile, los mayas al norte, los aztecas más al norte todavía. Así nacieron los pueblos de América.

Todos habían partido del Tahuantinsuyo, lugar de los cuatro puntos cardinales –dice la leyenda–. Del este al este/ del norte al norte/ del oeste al oeste/ del sur al sur/ del centro al vértice del hielo –dice el poeta. Esa es, hijo mío, la Leyenda del Silencio.

19 de junio de 1982

VIAJE

Era niño,
Con un poco de luz, con un poco de pájaro.
Ese día decidió caminar,
Caminar por la vida.
Recorrer caminos mientras iba creciendo.
Se detuvo en los campos, atravesó desiertos,
Escaló uno a uno los cerros, las montañas.
Sus ojos atraparon las nubes y
Su corazón fue soltando pájaros por los caminos.

¡Creció el caminante!
En su andar aprendió a conversar con el agua
En la lengua del pez y la cascada;
Piedra por piedra conoció
Todo el ancho del mundo, nuestro planeta Tierra.
Todas las mariposas buscaron la flor en su pecho.
Cada pájaro tuvo en su corazón un nido.

Tenía un amigo el caminante.
Un hermano invisible en su aventura.

Los tres juntos eran
Un mundo, un sol, un viento, una canción.

Ya grande nuestro niño-luz-pájaro
Se hizo perito en lunas como Hernández,
Mojó sus pasos con sombras de lapachos,
Rocíos de helechos,
En los charcos dejados por las lluvias.
Todo él era rocío, de ternura.

Cansado de andar, anciano ya
Se detuvo dormido sobre el pasto.
Todos los pájaros que soltó por los caminos
Volvieron donde él, volvieron a su pecho.
¡Despertó el caminante, hermoso niño!

La Plata, 1982

Cuando los tiempos eran de sol, agua y selva, los animales corrían libres por bosques tupidos y las aguas corrían cristalinas, vivían en nuestras rojas tierras los nativos llamados guaraníes.

Llegaron después los conquistadores españoles y con ellos los jesuitas que, con un dios parecido, los juntaron en reducciones. Casi todos los guaraníes, desde el Paraguay hasta la Argentina, se juntaron en poblaciones llamadas reducciones. Allí comenzaron a llamar a su dios Tupá-Ñandejara, que quiere decir “dios nuestro dueño”.

De aquellas antiguas reducciones hoy nos quedan las ruinas, como las de San Ignacio, y son ruinas porque no se las supo cuidar como lo hacían ellos.

En las reducciones trabajaban cultivando la tierra, construyendo iglesias, dicen que aprendían también a ejecutar instrumentos musicales.

Pero en esas tierras también vivía Añá, el maligno, buscando siempre hacer daño.

Fue así que aparecieron los “bandeirantes”, personas que provenían del Brasil para llevar cautivos

a trabajar como esclavos en los establecimientos de ese país.

Algunos guaraníes huyeron a las selvas, otros partieron hacia reducciones más alejadas pero no pudieron escaparse de los “mamelucos”, hasta que un día decidieron presentarles batalla.

Así fue que sucedió la batalla de Mbororé.

II

En las reducciones se habían enterado de una nueva expedición que preparaban los mamelucos para incursionar en las tierras guaraníes en busca de esclavos y eso los hizo prepararse para la guerra.

Hace de esto muchísimos años, cuando corría el año 1641. De todos lados vinieron guaraníes para participar en la defensa.

Prepararon canoas para sorprender al invasor en el medio del río.

Pusieron mensajeros y centinelas que espiaban la llegada de los mamelucos. Prepararon armas, arcos, flechas, lanzas, hachas, hasta hicieron cañones de tacuaras envueltas en ysyó.

¡Esperaron!

¡Estaban preparados para vencer!

Esperaron seguros de estar protegidos por Tupá, no temían que Añá estuviera con los bandeirantes.

¡Estaban preparados para vencer!

Se sentían fuertes porque defendían sus vidas, sus familias y su pueblo. Los otros eran invasores.

De madrugada –dice en sus relatos de boca en boca– fueron asomando las primeras canoas enemigas.

Partió el mensajero llevando la señal.

¡Todo preparado!

Sucedió la batalla, los bandeirantes no esperaron la resistencia que los sorprendió. De todos los rincones salían guaraníes, a orillas del arroyo Mbororé, le estaban dando nombre a la epopeya: ¡Mbororé!

El arroyo derramaba sus aguas mansamente en el río Uruguay.

¡Sucedió la batalla!

Valientes guaraníes peleaban, quisieron retroceder los mamelucos, estaban siendo derrotados.

¡Les cerraron el paso!

Los niños y las mujeres escondidos en el monte miraban a sus padres, a sus esposos, defendiendo sus tesoros en los ojos.

Tupá, el más poderoso, los ayudaba.

¡Ahora huían!

Abandonaban sus canoas para esconderse en la espesura de la otra orilla. Los guaraníes los perseguían.

¡Despavoridos huían por la selva!, no volverían más, los yaguareté también colaboraron con el exterminio de los mamelucos, otros indios del lugar también. El sol entraba, había pasado el gran día: la batalla de Mbororé.

¡Jamás regresarían los mamelucos! Habían sido derrotados en Mbororé. Los guaraníes honraron a sus muertos, los enterraron. Luego bailaron y cantaron sus alabanzas agradeciendo a Tupá haberles ayudado a ganar en Mbororé. Esos fueron nuestros antepasados, esa es la historia que nos enorgullece como argentinos y como misioneros.

¡Después!

Después vinieron otras historias que se fueron repitiendo y hoy nuestros guaraníes son pocos y pobres. Viven en Fracrán y Perutí, además de otros lugares. Un día te voy a llevar para que los veas, a lo mejor tendremos que contarles que sus ante-

pasados ganaron la batalla de Mbororé, porque tal vez ellos no lo saben. En todo caso se lo preguntamos y si no le contamos. También de Andresito.

13 de noviembre de 1983

EL CARDÓN

Diecinueve lunas lo vieron caminar
Senderos, valles, cerros y barrancos.
Partió buscando el templo de los dioses,
Blanco templo de Tunupa itinerante
En el corazón de la montaña.

¿Dónde estarán los guerreros
Vuelto cardos en la espera?
¿Dónde?... ¿Dónde?
Atahualpa, Caupolicán, Amarú,
Guacurará.
¡Cuántos!

Veintiséis lunas pasaron, caminando, caminando.
Busca el campo del guerrero
Vuelto cardón en la falda.
Ya está llegando... ¡Ya está llegando!
Desde el corazón de Pachamama
Vio nacer a Tunupa
Caminando, avanzó Tunupa caminando
Con su cruz de los cuatro vientos en la espalda.
Lo vio pasar silencioso.

Levantó sus brazos saludando.
Reconoció uno a uno a los guerreros:
Ygua, Lautaro.
¡Cuántos!

Tupá, Viracocha,
Pachacamac, Quetzacóatl,
Todos pasan, lo bendicen.
Con sus brazos en alto los saluda.
Ya no lo podrá bajar
Sino cuando fueran miles
Para vencer al invasor.

La Plata, diciembre de 1981

6/6/82 – 6/6/83

ERNESTO TIENE 6 AÑOS

Pasó Carai Octubre y en su lengua de lluvia pregonaba una letanía: “Tupá está enojado –decía–, el hombre despertó su ira cerrando el Paraná”, repetía. Los ríos van quedando solos, decía la letanía.

“En el norte está enojado y llueve, llueve, porque quisieron secar el río”, repetía Carai Octubre a su paso. Cerraron su paso allá en Itaipú.

A mí también me parece que los ríos y los arroyos se están quedando solos. Ya las fieras, los animales de la selva de Quiroga, no bajan a beber de sus aguas.

Se están quedando solos.

Sucede que siglos, milenios, ellos vivieron rodeados de árboles y ahora van quedando solos. Los bosques se van talando árbol por árbol, sus orillas se llenan de poblados y los animales se retiran hasta el centro de la provincia donde todavía queda algo de monte.

Ya los hombres no conversan con sus correderas en la lengua del pez y la cascada, solo los niños conocen esa lengua, también el Principito charla con

ellos, porque ve en ellos la vida y porque él nos enseñó que “lo esencial es invisible a los ojos”:

Por eso, cuando salga, iremos a sentarnos a las orillas del agua aunque más no sea para escuchar el canto eterno de las correderas.

Tupá está enojado allá en el norte, el hombre mató el cristal de luna de las siete caídas. ¡Vendrá la inundación! ¡No lo olvidarán! ¡Así fue!

14 de enero de 1983

TIEMPO DE ESPERA

No tengo mucho que decirte hoy, como dice Porchia: "No me hables, quiero estar contigo". Esta carta estará con ustedes y cuando tu mamá te la lea yo estaré allí desde el silencio.

Nosotros acá seguimos esperando la libertad. ¡Siempre esperamos la libertad! ¡Pasa que está tardando tanto! Y uno va sintiendo el peso del cansancio.

¿Sabés qué? La alegría de la espera de este tiempo que está tardando tanto reside en la espera de ustedes, que vos y tu mamá están del otro lado de mis días de preso. Porque tengo a donde volver, tengo dónde buscar el descanso de tantos años.

Tu alegría de vivir, la esperanza y la fuerza de tu madre, la razón justa, hacen que yo no sufra esta espera.

¡No pasarán!

11 de mayo de 1983

EL JASY JATERÉ
(EN LA SELVA DE CEMENTO)

El gurí de los yerbales de un pueblo a orillas de la selva de Quiroga tenía la piel oscura y los cabellos rizados y sus pies descalzos. Corría y corría arrastrando su barrilete de papel de diarios, tal vez Tupá baje vestido de viento norte y eleve su pandorga hasta el extremo de su hilo.

El viento llegó puntual y el barrilete elevó la esperanza del niño hacia los saludos a las estrellas, y su visita a las nubes. Una golondrina lo acompañó en su vuelo un tiempo prolongado. El gurí jugaba contento sin imaginarse que allí comenzaba su vida de hombre nacido en las entrañas de la tierra roja.

El barrilete continuaba en su vuelo de mariposa hasta que se fue soltando lentamente, se fue despidiendo con su voltereta de papel tratando de quedar más tiempo, pero partió perdiéndose en la lejanía. Mitái quedó suspendido del extremo del hilo suelto mientras una lágrima corría por su mejilla.

Lloró en silencio en brazos de tu abuelo Pedro que le contaba esta historia:

—Dicen los indios guaraníes que cuando a Tupá le gusta algo se lo lleva al cielo, hoy le tocó a tu pandorga —decía el abuelo—, hoy te toca a vos y él te

premiará con su protección enviando a Jasy Jateré para que sea tu amigo y te proteja. No te preocupes, algún día Tupá te devolverá tu barrilete.

—¿Cómo? —preguntaba Mitaí entusiasmado, porque los niños pronto recuperan la alegría.

—Los gurises deben crecer, hacerse hombres —decía el abuelo—, formar nuevo hogar. Cuando Tupá así lo crea conveniente, guirá tus pasos hasta la mujer que será tu compañía hasta que él decida que es el tiempo de retornar sobre tus pasos de caminante.

Pasó el tiempo, Mitaí creció y en su andar fue soltando pájaros por los caminos, los que regresarán a su pecho cuando se cumpla su tiempo.

Cierta tarde, cuando sus pasos lo habían llevado a la ciudad, comenzó a soplar el viento norte y Mitaí, ya hombre, pensaba: “Mucho es el tiempo de vivir solo —las hojas arrastradas por el viento del verano revoloteaban—. Pronto vendrá la lluvia. ¡No es lindo vivir solo!”.

Las nubes guiñaron un ojo y Kuarahy-sol sonrió. En el cielo apareció un puntito, luego una flor y de pronto ¡barrilete!

¡Era la señal!

“Cuando Tupá lo crea conveniente —recordaba la voz cansada venida de su infancia— guiará tus pasos hasta la mujer que será tu compañera”.

Sus ojos quedaron prendidos de aquel barrilete hasta que vio que la luna vestida en su ropaje de mujer arreglaba las plantas esperando la lluvia que seguiría al viento norte.

Muchos días vio a Jasy ir y venir por la vereda de aquella selva de cemento que se llama Posadas y lentamente, como suceden las cosas naturales, fue naciendo el nuevo hogar. Silenciosamente, porque

entre un hombre y una mujer está todo dicho desde el principio del mundo.

La selva de Quiroga era otra. Sus árboles eran altísimos edificios de cemento, sus ríos asfalto echado a rodar por las calles, bicicletas por peces, autos y ómnibus por canoas. Hasta sus animales eran de bronce y cemento adornando las plazas. ¡Había transcurrido tanto tiempo! A esa extraña selva la llamaron Posadas.

Cuando Mitái-hombre iba en busca del silencioso león de cemento que adornaba la avenida, regresaba sobre sus pasos hacia el hijo del tarefero pobre que añoraba. Allá estaba el inmóvil león soñando con el río real que pasaba por el extremo de esa calle.

Otras veces se detenía horas contemplando las ramas circulares del chivato a la luz de las farolas; otras, partía en busca de la bañista de bronce cuidando las tortugas, o simplemente se detenía a admirar la doble ternura de una loba que hacía equilibrio en lo alto, contando la historia de otro pueblo en la figura de Rómulo y Remo.

¡Había pasado tanto tiempo!

Mayo de 1983

EL VIEJITO INVIERNO II

Hoy es 21 de junio y recuerdo que a la entrada del otoño aquel de marzo de 1975, tu mamá y yo decidimos transformarlo en primavera casándonos.

Hoy entra el Invierno del año 1983 y aún recordarás aquella vez que el Viejito se quedó dormido en el Cerro Pelón hasta que lo despertó la Primavera.

El Viejito Invierno, además de ser un gran caminante, durante la primavera y el verano duerme en el corazón del lapacho, y sueña hermosos sueños que florecen en sus ramas.

Los sueños trepan por la sangre del árbol, sangre que se llama savia, y aparece “como una flor de fuego en las últimas ramas”, dice el poeta.

Las hojas verdes aún no están y las flores rosadas transforman el árbol en una colorida mancha entre tanto verde en la selva misionera.

¡Ha florecido el lapacho!, el Viejito Invierno sueña en su interior hasta que una golondrina rumbo a San Juan de Capistrano lo venga a despertar antes de su partida.

21 de junio de 1983

6/6/83 – 28/12/83

ERNESTO TIENE 7 AÑOS

Hace ya muchos años vivían en Italia –allá adonde fuera el lobo y donde vivía San Francisco de Asís, ¿recordás que ya te conté?

Allá vivían un señor Amati y su alumno Stradivari, ellos fabricaban violines.

Como ellos sabían que los hombres siempre terminan muriéndose, querían hacer algo para poder seguir viviendo, aún después de muertos. “Lo único –pensaban– es hacer algo, crear algo y vivir para siempre en él”. Fue así que Stradivari decidió hacer un violín, porque en la creación el hombre vive para siempre.

Trabajó y trabajó en el violín que iba fabricando con todo su amor, poniendo todo de sí.

De un árbol llamado arce hizo el fondo del violín y algunas partes; de la madera de abeto –así se llama–, la tapa y otras partes; y de ébano –otra madera–, otras.

Con un barniz que sólo él conocía lustró su violín; hizo un violín, hizo otro, con todo su amor, con todo cariño iba fabricando el instrumento. Cuando Stradivari era ya viejito, se murió. Ya muerto, su

alma se metió dentro de los violines, todo el instrumento canta –¿vos escuchaste un violín?–. Canta dentro porque “el violín tiene alma y mente”, porque dentro vive Stradivari, su constructor.

La cuerda del violín canta, ese canto pasa a la madera y la madera vive, y el fondo vive y canta, y dentro bailan felices Stradivari y su maestro Amati.

Así viven eternamente en el violín que crearon.

Luego de siete años, dos meses y ocho días de preso político, en la noche del 28 de diciembre de 1983, decíamos, con motivo de la libertad obtenida horas antes: "Regresamos de la frontera de la vida y la muerte, muchos no lo lograron. Volvimos íntegros, políticamente, moralmente y éticamente íntegros. Los que estuvimos en esa frontera percibimos a la democracia recuperada, a la libertad recuperada desde una dimensión distinta. Agradecemos el amor y la perseverancia de nuestros familiares, a la comisión de detenidos y desaparecidos por razones políticas, por el esfuerzo, agradecemos a cada uno de ellos el habernos ayudado en el duro esfuerzo de resistir. Este regreso nos compromete, nos compromete a participar activamente en la construcción de esta democracia que renace. Ofrecemos para ello nuestra experiencia militante. Regresamos sin odios y sin rencores, en el día del inocente como tiene que ser". Este es mi homenaje a quien dejé con cuatro meses, el que aprendió de su padre a través de las cartas. Aquí queda escrita esa parte de aquella historia.

Aníbal.



www.editorial.unam.edu.ar



ARGENTINA
200 AÑOS DE
INDEPENDENCIA